

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

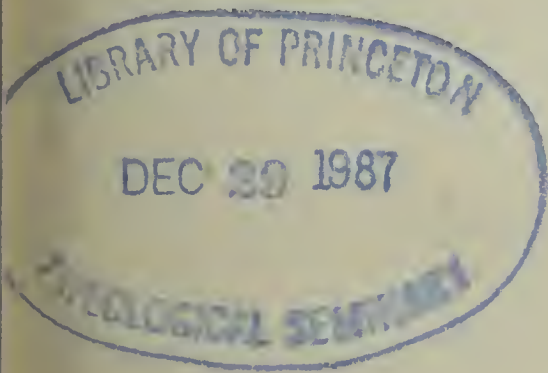
L 117

ESTUDIOS

EL PECADO DE IBERO-AMERICA (EDITO-
RIAL). — GABRIELA MISTRAL: "EL GRITO". —
JAMES M. GILLIS: "SIGNIFICADO MISTICO DE
LA GUERRA".

BOGUMIL YASINOWSKI: "COPERNICO CO-
MO SABIO, HOMBRE DE FE Y PATRIOTA". —
GUILLERMO KOPPERS: "LA CRISIS DEL EVO-
LUCIONISMO SOCIOLOGICO". — AURELIANO
OYARZUN: "LA IDEA DE DIOS EN LA TIERRA
DEL FUEGO".

EDUARDO ANGUITA: "VICENTE HUIDO-
BRO, EL CREADOR". — GERMAN CLARO GON-
ZALEZ: "LEYENDA DE LA PRIMERA LLUVIA".
— LA AGUJA DEL TIEMPO. — CRISTAL DE
LIBRERIA.



124

ESTUDIOS
Mensuario de Cultura General

Director:
JAI ME EYZAGUIRRE
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 55.—
” ” ” ” EXTRANJERO	Dólares 2.—
NUMERO SUELTO	\$ 5.—
” ATRASADO	5.60

ADMINISTRACION
HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189
SANTIAGO DE CHILE

AÑO XI -- N.º 124

MAYO DE 1943

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“LA NOVIA”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

“EL IMPARCIAL”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67.

INDICE

	Pág.
"EL PECADO DE IBERO-AMERICA" (Editorial)	3
"EL GRITO", por Gabriela Mistral	6
"SIGNIFICADO MISTICO DE LA GUERRA", por James M. Gillis	8
"COPERNICO COMO SABIO, HOMBRE DE FE Y PATRIO- TA", por el Doctor Bogumil Yasinowski	16
"LA CRISIS DEL EVOLUCIONISMO SOCIOLOGICO", por el Doctor Guillermo Koppers	23
"LA IDEA DE DIOS EN LA TIERRA DEL FUEGO", por el Doctor Aureliano Oyarzún	33
"VICENTE HUIDOBRO, EL CREADOR", por Eduardo Anguita	43
"LEYENDA DE LA PRIMERA LLUVIA", por Germán Claro	60
LA AGUJA DEL TIEMPO	67
CRISTAL DE LIBRERIA: "Cristo Jesús", por Rafael House, pág. 69. — "El pensamiento vivo de Concepción Are- nal", por Clara Campoamor, pág. 71. — "El espíritu del hombre y la verdad", por Theodor Haecker, pág. 70.	

MAYO DE 1943



JEROMÍN

por

el Padre **LUIS COLOMA.**

Esta es una de las primeras biografías noveladas que se escribieron en Europa. Un libro injustamente olvidado, que ahora recupera su actualidad gracias a esta nueva edición. Un género literario moderno, atractivo, es este que nos presenta un personaje famoso, con un serio apresto histórico, pero expuesto con las dotes de un novelista creador. Antes de que surgieran las famosas biografías novelescas de Strachey, Maurois, Ludwig, Zweig y Pourtalés, la ágil pluma y la penetración psicológica del autor de "Pequeñeces" forjó esta historia. "Jeromín" era el hombre afectivo que, de niño, se le dió al que, mozo aún, había de vencer al turco en Lepanto: Don Juan de Austria. Un libro documentado, ameno, lleno de lances y de acontecimientos.

PRECIO: \$ 40.— m/ch.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

A PROVINCIAS REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO, SIN GASTOS DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

CASILLA 84-D

SANTIAGO DE CHILE

EL PECADO DE IBERO-AMERICA

Habíamos soñado con una América grande, dueña de su destino, consciente de su puesto singular en el espacio geográfico y el ritmo de la historia. Esperábamos de ese oscuro siglo XIX, donde la América española vivió su infancia libre, una eclosión de luz, un grito de dominadora alegría, que fuese esperanza firme frente al ocaso de Europa. Esperábamos, en fin, que la sangre del indio fascinada por la tierra virgen y la sangre del español elevada al claro cielo se fundieran en una nueva y vibrante humanidad abierta a osadas aventuras de inteligencia y amor. Pero hoy nos hemos despertado y hemos hallado sólo una América en servidumbre. Nos cuesta creerlo. El gran rumor oficial que viene de los discursos rituales de recepción o de la prensa doméstica, la voz de orden lanzada por los políticos venales dueños de la opinión, nos habla solemnemente de la libertad, del honor, de la Gran misión de Ibero-América. Para los ojos limpios hay otra cosa indudable y es que nuestro continente americano no tiene hoy ni independencia, ni unidad, ni conciencia de su destino histórico. Ibero-América no tiene voz propia: sólo resuena, indefinidamente como un eco de voces extrañas y fatales. No es sólo una servidumbre económica lo que ata cada vez más su garganta a la cadena extranjera, es una servidumbre moral; es un pavoroso olvido de lo que puede y debe ser como continente, y es una adoración de los falsos dioses extranjeros, de sus palabras y fórmulas y actitudes.

Miremos en lo hondo. Esa triste servidumbre que pesa sobre las naciones americanas ha tenido un signo precursor: a saber, esa división en que vivieron sus existencias libres, separadas, despedazadas, sin lazos económicos y, encima de todo, sin lazos espirituales, sin un vital intercambio que les hiciera percibir esa alma común, esa idéntica sangre que corre por toda la América española desde Méjico hasta Argentina y Chile. Olvidamos lo común, lo grande que nos ligaba y nos podía hacer frente, para sumirnos en pequeños intereses de clase o de región y crearnos así fronteras artificiales que amarraban nuestros mejores impulsos.

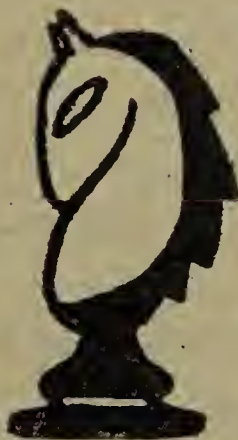
Este enervamiento de Ibero-América ha tenido su más grave síntoma y su brutal expresión frente al gran conflicto armado que envuelve al mundo. Las naciones americanas no han comprendido la significación profunda de esta guerra y sus proyecciones espirituales. La han visto como una simple lucha entre imperialismos ávidos, o peor aún, han inventado el mito de un conflicto entre civilización y barbarie, entre justicia e injusticia, para justificar mejor la abdicación vergonzosa de sí mismas. Frente a esa guerra monstruosa, han buscado sólo el lado de la mayor utilidad o la satisfacción de oscuros y estériles resentimientos. No han sentido esa lucha como una necesaria y justa sanción, como terrible penitencia que una justicia más pura que la del hombre debía infligir a las naciones culpables de Europa y América. Y así no han vuelto sus ojos sobre sí mismas para sentirse solidarias con el pecado del mundo, sino que al revés, han pretendido levantarse puras para acusar a los culpables. Estamos pues, envueltos en esa lucha con toda nuestra impotencia, con nuestra vergüenza y con nuestro cinismo. Mientras tanto sentimos al extranjero lleno de codicia venir sobre nosotros y desplazarnos. Quisiéramos defendernos, salvar nuestro porvenir, pero ¿quién nos asegura el éxito? Muchos quisieran salvar a América arrojando con gesto farisaico la culpa de su decadencia al extranjero que nos invade. El tiene su culpa. Pero nosotros ¿somos acaso, puros, hemos hecho una historia limpia sin traiciones ni bajezas? Decir con Gabriela Mistral que el americano se ha dejado arrollar por el extranjero por su languidez tórrida y por su fatalidad india es ya reconocer una verdad profunda. Pero el cristiano va más allá: sabe que esos vicios raciales han nacido y se han acumulado por uno de esos terribles pecados colectivos: prevaricaciones de clases, de naciones y continentes, de las que se da cuenta no sólo ante Dios sino también ante la historia.

Por eso Ibero-América ha sido humillada y esta humillación es un latigazo en su carne viva; es el estímulo necesario para recordarle su infidelidad a la misión histórica que la fué confiada. Pero si nosotros americanos, y en particular nosotros chilenos, cerramos los ojos ante esta humillación, si nos fingimos libres y defensores de una libertad palabrera; si creemos, en fin, que estamos en nuestro camino y que debe-

mos tomar nuestra actitud presente como si fuera exigida por la justicia y el honor, entonces todo está perdido.

Hemos sido infieles a la más elemental misión que se confía a todo pueblo llamado a vivir su historia; hemos desconocido la justicia, la sobriedad, la sinceridad en las relaciones individuales como en las públicas. Hemos amado ese oscuro capricho que nos aísla y limita, y hemos atado nuestro espíritu y con él nuestras más hondas posibilidades. Y América demasiado hecha para hacer una comunidad fundida en la justicia y el amor no logrará jamás hacer su unidad y restituir su fuerza sino recuperando su capacidad de justicia y de amor.

P.



EL GRITO

América, América! Todo por ella, porque todo nos vendrá por ella, desdicha o bien!

Somos aún Méjico, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechua-español, el araucano-español, pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento, divulga la América, su Hostos, su Bello, su Sarmiento, su Martí. No seas un ebrio de la Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América, haz amar la luminosa meseta mejicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; dí cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua, para exaltar a Cuba; ni a Cuba, para exaltar a la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo; cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como la otra, manar como la otra, gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva, y que es fatal,

de la América rubia que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, de sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberás ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al "yanqui"? ¡No! Nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué odiarle? Que odiamos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro, a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia ese futuro ineludible: la América española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el dolor que le da el Norte.

Nosotros ensóberbecemos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo parecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él hace, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funda su sierra, labra, multiplica, forja, crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y es por esa fe, divino e invencible.

¡América y sólo América! Qué embriagueo es semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores! . . .

James M. Gillis.

SIGNIFICADO MISTICO DE LA GUERRA (*)

Ya sea que la guerra dure aún largo tiempo o que termine pronto, es y será por una década o por un siglo una enorme catástrofe. Porque cuando termine, aun no habrá terminado. El mal está en que las guerras sobreviven a su fin. En realidad puede decirse que cuando termina una guerra es cuando empiezan sus desastrosos resultados. Este aspecto de la guerra casi no se menciona mientras ella dura. Y hay otro aspecto que jamás es mencionado. En medio de montañas de comentarios nada he encontrado sobre el significado místico de la actual catástrofe mundial. Naturalmente no podemos esperar que los comentaristas de periódicos y radios presenten o discutan lo sobrenatural. Ellos piensan que deben, como dicen, mantener sus pies en el suelo. "Mirad hacia lo alto y alzad vuestras cabezas", dice S. Juan Bautista. Pero ninguno de nuestros "expertos" se digna mirar al cielo en busca de una interpretación de la guerra por miedo de que alguien los tilde de "místicos" y ponga fin a su carrera. La introducción de una idea, aunque remotamente teológica puede costarles el puesto.

Pero más difícil es comprender a los sacerdotes que temen una explicación mística de lo que está ocurriendo. "No me avergüenzo del Evangelio", dice S. Pablo. Y prosigue explicando que el Evangelio es la cruz, y con algo de exageración retórica agrega: "No conozco nada fuera de la cruz". Y acontece que la cruz, a pesar de todo, es suficiente. Conocer la cruz es conocerlo todo. Todo el misterio y toda la historia. Sin embargo, a pesar de que usamos la cruz como consuelo de aflicciones privadas, al llegar a explicar una cosa tan grande como una guerra, parecemos no atrevernos a declarar que la cruz sigue siendo siempre la solución. Si decimos que la guerra es una cruz que deben llevar las naciones, seremos llamados derrotistas o fatalistas, hasta tal vez fanáticos o visionarios.

(*) Traducido especialmente para "Estudios", de "The Catholic World", de New York.

Sin embargo, sigue siendo verdad nada menos de que la solución de todo enigma de la vida humana es la cruz. La indescriptible calamidad que ha caído sobre la raza —esta guerra— o permanece inexplicada o se la comprende como expiación y sacrificio. “No debéis sacrificar a la humanidad”, dijo un gran orador americano de la pasada generación. Se refería a la crucifixión por la injusticia económica. Pero si la humanidad no debe ser crucificada por la pobreza, está ciertamente siendo crucificada por la guerra. El hombre, tal como el Hijo del Hombre, tiene su Getzemaní y Calvario. “Es necesario que el Cristo sufra”, dijo Jesús. Y es necesario que la raza humana sufra. ¿Y si creemos en este hecho místico, debemos callarlo? Deberemos, como los comentaristas de un programa comercial, rehuir lo teológico, lo sobrenatural, lo místico, como si fuera superstición? Y entonces, ¿por qué presentamos, como los demás, la guerra como un fenómeno político o como una revolución económica o como el choque militar de un grupo de poderes mundiales, contra otro? Si esto es todo lo que nosotros, escritores y oradores católicos, podemos ofrecer, mejor sería que dejáramos los comentarios a aquéllos que tratan de interpretar la historia de la humanidad en el lenguaje de la razón natural.

La actual calamidad no puede encuadrarse en ninguna de las categorías de los acontecimientos naturales. Algo supra-terreno ocurrió en Jerusalén cuando fué erigida la Cruz de Cristo. ¿Y será superstición sostener que esta crucifixión de la raza humana no es sólo una mera consecuencia de la locura de Hitler, o de la estupidez de Chamberlain, o de los errores de Versalles, o de la ciega complacencia de los poderes que vigilaban el armamento Nazi durante 15 años y pretendían no ver lo que sucedía?

Para ser honrados con nosotros mismos, tal vez no mencionamos el aspecto sobrenatural de la guerra, porque no sabemos cómo aplicar nuestra teología mística. Creemos por cierto en la Divina Providencia, repetimos siempre que nada puede suceder excepto por la voluntad o con el permiso de Dios. “Dios está presente en todo, sabe todo, tiene pleno poder sobre todo... En la Providencia de Dios vemos todos los acontecimientos de mayor importancia, todas las cambiantes vicisitudes de familias, estados, la Iglesia y el mundo”, dice Médaille en sus **Meditaciones**. Pero parece que creyera-

mos que estas verdades son sólo para emplearlas en aflicciones domésticas: cuando uno recibe una mala noticia, o hay algún muerto en la familia, o se pierde la fortuna, o se nos diagnostica alguna enfermedad maligna. Cuando tenemos que aplicar la teología de la Divina Providencia a algo tan vasto y horrible como una guerra universal, vacilamos, tal vez por miedo de blasfemar de Dios. Y digo "Nosotros": quiero decir nosotros los cristianos, nosotros creyentes en el Evangelio, nosotros que sostenemos que la teología mística no es algo recóndito o rebuscado sino algo que puede ser conocido por todo el mundo, y que debe aplicarse en toda circunstancia. Quiero decir "Nosotros" que creemos que las explicaciones naturales son inadecuadas para explicar mucho de lo que sucede en la historia, y que por eso debemos buscar ayuda en lo sobrenatural.

Desde hace algunos meses me tiene obsesionado un texto de la Escritura. Y he sido incapaz de exorcizarlo de mi mente. "Exorcizarlo" es la palabra. Y si el demonio puede citar las Escrituras para sus fines, supongo que podrá usar un texto para atormentar a un hombre. Santiago habla de Escrituras que uno puede rechazar para su propia destrucción. Y hay un texto que creo puede enloquecer a un hombre si se le agita en su mente y no logra interpretarlo. Este texto es Mateo XXIII, 35 y Lucas XI, 50: "La sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del mundo será cobrada a esta generación: Sí, yo os digo, a esta raza de hombres se le pedirá de ella cuenta". El significado obvio de esta palabra de Jesús es que los pecados y crímenes de Su propio pueblo han durado ya demasiado; que la paciencia divina ya se ha agotado; que ya han desoído demasiados avisos; que la generación de judíos en la que había nacido y por la cual sería muerto, era la última que gozaría del favor de Dios; que aquéllos que lo perseguían y que debían matarle ya habían, como El dice: "colmado la medida de sus padres"; que el castigo que ellos y sus descendientes merecían, ya no podía ser alejado o pospuesto; que sus derrotas en manos de reyes extraños, sus cautiverios en Egipto y Babilonia, y toda la multitud de tragedias que cayeron sobre ellos desde los tiempos de Moisés hasta los de los Macabeos, eran sólo sombras de la suerte que les aguardaba;

que las penas acumuladas durante 2,000 años debían pagarse ahora.

El concepto curioso y difícil de que una generación debe expiar las faltas de sus predecesores tanto como las propias, ha sido siempre una dificultad para los exégetas ortodoxos. El Padre Maas en **El Evangelio según S. Mateo** resume la opinión de unos 13 comentaristas, y parece preferir la que dice que “**parece** como si todas las faltas de generaciones pasadas aun no castigadas visiblemente fueran cargadas a esta sola generación”. Cornelio de Lápide también se refugia tras la palabra **parece**: “cuando Dios (después de larga espera) resuelve destruir una ciudad o nación, **parece** vengar en ellos las faltas de todas las generaciones precedentes como para que sólo esa generación sufra lo que merecieron las precedentes”. Mac Evilly dice con estrictez: “hay una medida para la culpa e iniquidad, tanto respecto a los individuos como a las naciones enteras, según la cual Dios, al colmarse la medida de su ira, las destruye completa e inexorablemente... Los hijos y sus antecesores son (aún) en su aspecto civil, considerados como uno. De allí que los méritos o faltas de los padres repercutan en los hijos. Dios los considera a ellos y a sus padres como una persona moral, y les inflige los rigores de Su justicia... En los decretos de Dios se permite una cierta medida y número de faltas, cierto nivel de iniquidad, a reinos, ciudades e individuos privados, antes de aplicarles el castigo completo”.

Entre los protestantes, Mateo Henry comenta: “Cristo les imputa la falta de sus padres, porque ellos los imitan; y aunque Dios soporta por largo tiempo a una generación que lo persigue, no esperará eternamente; y los abusos de su paciencia se convierten en mayor cólera”. Alejandro MacLaren dice: “Se requiere tiempo para que la masa de faltas acumuladas llegue a su cumbre, pero cuando esto sucede, ella sepulta a una generación de los que han trabajado en acumularlas bajo su avalancha. ‘Los molinos de Dios muelen lentamente, pero muelen sumamente fino’.”.

Es evidente que el texto “La sangre de todos los profetas será cobrada a esta generación” es exegéticamente dura de pelar. Pero queda el hecho de que no había pasado la generación de Cristo antes que Tito, general de Vespasiano, acampara ante Jerusalén, se atrincherara alrededor de la ciu-

dad y empezara el sitio en el cual perecieron tal vez un millón de hombres a causa de heridas, hambre o peste. El sitio duró cinco meses, y tuvo un final súbito y terrible cuando Tito, al saber que se habían registrado actos de canibalismo entre el pueblo hambriento, abrió una brecha en las murallas, llenó las calles de muerte, " arrasó Jerusalén al nivel del suelo con todos sus habitantes", destruyó el templo, abolió el sacrificio (la esencia misma de la religión judaica) y llevó al resto del pueblo al cautiverio del cual aun no ha regresado. Ese día Israel devino Ismael, vagando por la tierra, odiado y perseguido en todas partes; sin hogar ni tranquilidad en ninguna parte. Así, después de todo, la historia es tal vez la mejor exégesis del texto aterrador. La sangre de todos los profetas será cobrada a esta generación". La interpretación de una profecía está en su cumplimiento.

Y agregamos, por temor de ser considerados aún momentáneamente anti-judíos, que lo sucedido al "pueblo de Dios" hace 19 siglos y continúa sucediéndoles, puede sucederles ahora a los que se creen pueblo de Dios. No tenemos garantías de que los castigos infligidos a los judíos no puedan sucedernos a nosotros.

No sucede a menudo el que creyentes e incrédulos estén de acuerdo, y es extraño que ciertos agnósticos profeticen en términos no menos seguros que los de Jeremías y Ezequiel para no citar a Jesús, de que nuestra civilización puede ser completamente destruída. Eso dijeron durante la guerra mundial de 1914-18. "Otra guerra como ésta", declararon, "y la civilización retrocederá mil años, si es que no es destruída por completo". Nuestra civilización —la única que tenemos— es Cristiana. No hay otra. El naciismo no es una civilización. El shintoísmo no es una civilización. El comunismo no es una civilización. La muerte de la civilización que nació en Judea, que se propagó por todo el mundo occidental y dominó durante 19 siglos puede —es posible si no probable— desaparecer durante nuestra generación.

Lord Macaulay, en su ensayo sobre la **Historia de los Papas de von Ranke**, dice: "no vemos señales de que se aproxime el final de su larga carrera". Hablaba de la Iglesia, no de la civilización construída por la Iglesia. Un hombre puede vivir después de que haya sido destruída la obra de toda su vida. La Iglesia puede subsistir después del desaparecimiento

de la cultura que creara. Y tal vez estemos contemplando las señales indicadoras de que la larga carrera de la civilización cristiana está cerca de su fin. Spengler escribe **La Decadencia de Occidente**. Berdyaev escribe **El Fin de Nuestro Tiempo**, así como Gibbon escribió **La Decadencia y Caída** de aquello que era la única civilización cuasi-universal conocida entonces. ¿Y si esa civilización pudo pasar, por qué no podrá pasar también la nuestra? “Eso no puede suceder aquí” era, sin duda, lo que se decía en Sidón y Tiro, en Baalbek y Tebas y Karnak.

¿Quién sabe si la Guerra Mundial no fué tanto un anuncio profético como un fenómeno histórico? Una calamidad tan general tiene que haber tenido algún significado a menos que, como dice Anatole France, “el universo esté loco”. El universo no está loco. La historia no es una confusión accidental de incidentes sin relación. Carlos Bigg, en su incomparable Introducción a **Las Confesiones de San Agustín** dice: “Agustín llegó a comprender que la historia del mundo es como una frase, una larga e intrincada frase latina o alemana, en la cual cada cláusula tiene su significado propio, pero el verbo, la palabra enfática viene al final, enlazándolas y derramando luz sobre el conjunto”.

Dios habla —si nos cuidamos de escucharlo— y en realidad aunque no nos preocupemos de escucharlo— tanto en los acontecimientos que suceden cada día ante nuestros ojos como en las profecías y parábolas escritas en El Libro. Nosotros no vemos. O si vemos no comprendemos. Baltasar no vió la escritura en la muralla, porque estaba mirando a sus bailarinas. Y cuando la vió no pudo leerla. Puede ser que la guerra de hace 25 años fuera para nosotros la escritura sobre la muralla. ¿Está Dios cansado de nosotros, como lo estaba de los Medos y Persas y de los Griegos y Romanos y de los Judíos? ¿Estará El pidiendo que esta generación, que va ha colmado la medida de iniquidad de sus predecesores, sea castigada por toda la sangre derramada desde el principio de nuestra era hasta nuestros días?

Cuando terminó la primera Guerra Mundial, ¿hizo el mundo en general, el mundo que se llama a sí mismo Cristiano y que está ahora ostensiblemente interesado en “salvar a la civilización cristiana”, hizo el mundo algún cambio en su manera de vivir? ¿Fueron las décadas de 1920-1940 más so-

brias, más decentes, más castas, más piadosas que las dos décadas que precedieron a 1914? ¿Y en consecuencia, hay ahora en 1942, en medio de una guerra “por nuestra manera de vivir”, hay menos borrachera, adulterio, onanismo? ¿Han disminuído las estadísticas de divorcios? ¿Ha aumentado, por consiguiente, la preocupación por la santidad del hogar? ¿Hay menos inmundicia en Hollywood y en Broadway? ¿Por qué el Arzobispo de Nueva York se vió entonces obligado a emprender la repulsiva tarea de censurar la indecencia en las entretenciones públicas? Y cuando ocurren esos repugnantes escándalos entre las estrellas del cine, ¿reacciona el pueblo con ira; y en tal caso es la ira del pueblo debida al recto motivo, al motivo cristiano? ¿O sólo a causa de la **moral**? ¿Y qué es la **moral**? ¿Un sustituto de moralidad?

Hemos oído repetir —no recuerdo ya cuentas veces— que “no había ateísmo en las trincheras de Bataán”. ¿Pero no hay ateísmo en los colegios y universidades, en Columbia y Penn y Chicago y Berkeley y Ann Arbor y Bryn Mawr? ¿No hay agnosticismo? ¿No hay irreligión? ¿Nos salvará Bataán si existe tan poca religión en los EE. UU., que 60 millones de hombres ni siquiera van a la iglesia? ¿Hay menos paganismo en Nueva York y Londres y París que el que había en Efeso y Corinto y Atenas y Roma antes de que se predicara el Evangelio? ¡“Civilización Cristiana”! ¿Qué queremos decir con “civilización cristiana”? ¡“Nuestro modo de vivir”! ¿Qué queremos significar con “nuestro modo de vivir”? ¿Es nuestro modo de vivir como para regocijar al corazón de Cristo? “Esta gente”, dice El, “me honra con la boca pero sus corazones están lejos de Mí”. **Esta gente**. ¿Somos nosotros **esta gente**?

En uno de los más elocuentes y violentos folletos que he leído el año pasado, **La idea de una Sociedad Cristiana** de T. S. Eliot, dice él: “A veces usamos la palabra ‘pagano’ y en el contexto nos referimos a nosotros como ‘cristianos’ Pero siempre esquivamos la conclusión lógica y real. Nuestra prensa ha sacado todo lo que puede del areñque salado de la ‘religión nacional alemana’... esta ‘religión nacional alemana’ es reconfortante en cuanto nos convence de que **nosotros** tenemos una civilización cristiana; ayuda a disfrazar el hecho de que nuestros designios, tal como los de Alemania, son materialistas. Y lo último que desearíamos hacer sería examinar

esta nuestra 'cristiandad' que en contextos como éstos, afirmamos practicar".

Cuán hipócritas son aquellos "cristianos" que llaman esta guerra "cruzada por la civilización cristiana", pero continúan tolerando un paganismo que habría horrorizado a los mismos paganos. Ninguna guerra salvará a la Cristiandad. La primera Guerra Mundial no nos hizo más cristianos. ¿Por qué habría de hacerlo la segunda? Hay sólo una manera de salvar la civilización cristiana y ésta es vivirla. Es más fácil ir a la guerra y pelear en un acorazado que luchar consigo mismo. ¿Añejeces? Sí, añejeces. Tan viejas como el Libro de los Proverbios: "Aquel que se domina a sí mismo es mejor que aquel que conquista una ciudad". Pero las cosas viejas son, a veces, cosas buenas. Por lo menos, son mejores que muchas de las cosas nuevas.

Así, después de todo, tal vez no sea una idea tan loca o una superstición el pensar que hayamos ya colmado la medida de la iniquidad de nuestros padres; que el Señor Dios está cansado de nuestras inmoralidades e irreligión, y que la sangre de todos los profetas será cobrada a ésta nuestra generación. No dogmatizo respecto a tan terrible suposición. No es un artículo de fe. Como decía al principio, puede ser algo demoníaco que requiera exorcismos. ¿Pero qué hacéis vosotros del texto: "¿La sangre de todos los profetas será cobrada a esta generación?". Si no aceptáis las exégesis de Challoner, o de MacEvilly, o de Cornelio de Lápide, o de MacLaren, ¿cuál es la vuestra?

J. G.



Dector Bogumil Yasinowski.

Catedrático de la Universidad de Vilna.

COPERNICO - COMO SABIO, HOMBRE DE FE Y PATRIOTA

El IV Centenario de la muerte de Copérnico que se celebra en estos días en todo el mundo civilizado, evoca en nuestra memoria el recuerdo de la figura gigantesca del sabio y pensador, ligada a uno de los más grandes acontecimientos en la historia espiritual de la humanidad, que fué el establecimiento del sistema heliocéntrico del mundo. Al considerarlo más de cerca, resulta que el significado de aquel descubrimiento astronómico desborda los límites de una teoría puramente científica, pues tiene en su fondo algo aun más importante, quiero decir, una nueva visión del Universo y una nueva actitud del hombre mismo frente al Universo. Es por esta razón que la obra copernicana pertenece a aquellos hechos heroicos del genio humano que, animados del espíritu prometeico, imprimieron un rumbo nuevo al pensamiento y al modo de sentir de los siglos posteriores.

No es posible, en los estrechos cuadros de un breve artículo, desarrollar un tema de tan trascendental importancia; por esta razón, voy a limitarme a mencionar los rasgos principales de aquella gran figura en su triple aspecto de sabio, hombre de fe y de acción, que desempeñaba un papel importante en las luchas y la política de su país natal.

Hasta el momento de aparecer, en el año 1543, la obra "De revolutionibus orbium coelestium" (sobre "Las Revoluciones de los cuerpos celestes") que el autor pudo tener en sus manos sólo en su lecho de muerte, reinaba sin rival la complicada teoría de Claudio Ptolomeo, astrónomo griego del fin del siglo II de la Era Cristiana, un verdadero artificio de la imaginación científica.

Desde tiempos inmemorables, los hombres admiraban el cielo y trataban de penetrar en sus misterios. Uno de los primeros descubrimientos, aunque de carácter hondamente rudimentario, fué el del movimiento propio del Sol, observado durante el transcurso del año a través de una zona llamada el Zodiaco, destacándose este movimiento sobre el fondo de

las figuras aparentemente inmutables de las constelaciones. Ya en los tiempos muy remotos, los observadores alcanzaron a descubrir otro hecho notable, que se convirtió en un enigma para la ciencia durante milenios, hasta que el genio de Copérnico logró esclarecerlo: fué esto el movimiento de algunos astros —se conocieron, entonces, cinco de ellos— que también tenían sus propios movimientos, todavía más complicados que los del Sol. Se les dió el nombre de planetas o “astros errantes”, pues, parecen viajar entre los demás cuerpos celestes, los que se llamaron “astros fijos”. La explicación de los movimientos de estos cuerpos que ya avanzaban, ya retrocedían, o ya quedaban estacionados, fué el principal objeto de aquella gran teoría astronómica que, esbozada por Eudoxo de Cnidos en el siglo IV antes de Cristo y ampliada después por Aristóteles, fué definitivamente determinada en los estudios de Ptolomeo. Su obra capital, llamada en griego “Megale Syntaxis” y universalmente conocida en su versión arábiga “Almagest”, explicaba durante un milenio y medio las bases de la estructura mundial y permitía determinar, al mismo tiempo, los movimientos de los planetas. En conformidad con las teorías griegas, no solamente las estrellas fijas, sino también el Sol y los planetas, girarían alrededor de la Tierra, siendo ésta el centro del Universo. Es de observar que, según esta doctrina antigua, los astros, al trasladarse de una manera uniforme del Oriente al Occidente, no fueron por esto dotados de un movimiento libre a través del espacio, sino, al contrario, quedaban fijos en esferas cristalinas, teniendo todas ellas la Tierra como un centro común. Con las observaciones más adelantadas aún, pronto se sintió la necesidad de agregar algunas correcciones en aquella teoría meramente homocéntrica y geocéntrica. Hubo, por ejemplo, de aceptarse la existencia de ciertos círculos complementarios, llamados los epiciclos y que servían de órbitas planetarias, mientras que sus centros mismos giraban alrededor de la tierra en otros círculos (los “deferentes”). Todas estas correcciones sucesivas, aceptadas por Ptolomeo, hicieron del cuadro Ptolemaico del mundo y del sistema solar, algo enormemente complicado.

No es de extrañar que cuando le explicaban esta doctrina con todas sus sutilezas al Rey Alfonso de España, éste habría expresado su sentir de no haber participado en el Consejo de Dios cuando se creó el Universo. Los pesares del Rey

Alfonso escondían una verdad profunda, pues descansaban sobre una intuición distinta en cuanto a la estructura íntima del mundo. Pienso en este momento en el gran principio de simplicidad. "Simplex sigillum veri" —la verdad debe ser simple—: esta presunción metafísica del sabio Rey sobre la simplicidad en la constitución del mundo, fué compartida más tarde y de una manera más explícita, por Copérnico y, también, después de él, por sus ilustres sucesores, Galileo, Kepler y otros genios eximios. Se discutía mucho, particularmente en los últimos tiempos, si esta presunción un poco temeraria de la simplicidad tuviera un fundamento objetivo o, más bien, fuera una mera ilusión del hombre investigador; sin embargo, no cabe duda que precisamente esta presunción simplista les sirvió de guía instintivo y habilitó a todos éstos sabios para hacer los descubrimientos más trascendentales. Fué así como Copérnico, harto del mecanismo complicadísimo de las teorías ptolemaicas, supo oponerse, por un golpe gigantesco de su genio, a los conceptos inveterados de la ciencia milenaria y, desafiando el testimonio de los sentidos, puso la Tierra en movimiento e inmovilizó el Sol. El giro de la Tierra alrededor de su eje, que parece tan natural hoy día, debía defenderse contra muchas objeciones, las que Copérnico demostró carecer de todo fundamento. El segundo movimiento de la Tierra, combinándose con el primero, fué destinado a explicar las estaciones del año. En adelante debía la Tierra con su satélite, la Luna, y también, todos los planetas, girar alrededor del Sol, mientras, los epiciclos y deferentes de la teoría ptolemaica, se volvieron una suposición ficticia, artificial y gratuita.

Era natural que la teoría copernicana guardara todavía algunas huellas de las teorías anteriores; así fué que Copérnico mantuvo las órbitas circulares de los planetas en vez de las elípticas. Por otro lado, se destaca su idea, tan avanzada para su tiempo, que el valor del radio de la órbita terrestre era nada en comparación con la distancia de la esfera de las estrellas fijas, sugiriendo con esto, que el Sol no era otra cosa sino uno de los astros entre tantos otros innumerables. Aun más admirable, quizás, fué su idea sobre la gravitación, la que consideró como fuerza propia a todos los cuerpos y que les impele para que se reúnan en forma de globos —anticipación manifiesta de la teoría de la gravitación universal.

Después de haber subrayado la importancia trascendental y la gran originalidad de la obra copernicana, nos encontra-

mos frente a otra cuestión de importancia cabal. ¿Puede considerarse la creación copernicana como una innovación completa y sin precedentes, o bien, tendría ella una preparación lenta en las obras más antiguas de los astrónomos? En realidad, las creaciones más grandes aun del genio humano, tienen siempre ciertos antecedentes en el pasado y no pueden ser "proles sine matre creata", es decir, "una progenitura sin madre": sacar algo de nada, es un privilegio divino. Se sabe que el mismo Copérnico, al exponer su teoría, se refería a algunas doctrinas de los antiguos astrónomos griegos, y, especialmente, de los de la escuela pitagórica. Esta coordinación de ideas, estaba lejos de ser casual. Fueron los pitagóricos los que tendían, a diferencia con los demás sabios antiguos y, particularmente, los aristotélicos, a una visión **homogénea** del Universo, negándose, también, a reconocer la Tierra como el centro del Mundo y admitir una oposición fundamental entre el mundo supralunar, dotado de todas las perfecciones, y el mundo terrestre, imperfecto y sujeto a la corrupción. Así se comprende también por qué el pensador de índole neoplatónico-pitagórica, que fué el Cardenal Nicolás de Cusa, en el siglo XV, no solamente se acercaba a la idea moderna de inercia, sino que también presumía en cierto modo, la movilidad de la Tierra.

Se comprende por esto, cómo la teoría copernicana fué una manifestación más clara del espíritu platónico, mejor dicho platónico-pitagórico-augustiniano, que, transmitido a través de ciertas corrientes de la Edad Media, alcanzó más tarde tanta importancia en los siglos XV y XVI, en la época del Humanismo y del Renacimiento de las ciencias y artes. Algunas de estas corrientes, por ejemplo, aquellas cultivadas por la Orden de los Franciscanos, la que, entre las congregaciones que se dedicaban a la enseñanza e investigación científica, seguía más de cerca ciertas doctrinas augustinianas, fueron una verdadera expresión de un sentimiento cientifista-religioso. Copérnico estaba inspirado por estos mismos sentimientos, mirando el cielo a través de las palabras bíblicas: "Coeli enarrant gloriam dei". Los cielos narran la gloria de Dios". Con el celo de buen cristiano, buscaba nuevos caminos en los cielos para mayor gloria de Dios, a quien servía también por su vocación de sacerdote. Su obra la dedicó al Sumo Pontífice S. S. Pablo III, en la convicción de que ella

no contenía nada que pudiera contrariar la doctrina de la Iglesia.

Aun, con todo esto no podría ubicarse a Copérnico en su época y en su ambiente, si no se tomara en cuenta las corrientes espirituales de su país natal, donde había recibido su educación y al que sirvió más tarde con su eximia sabiduría de economista y como hombre de Estado y patriota. Es conocido que Polonia de aquel entonces tomaba una parte muy activa en el movimiento humanístico que se estaba difundiendo en aquella época en toda Europa. Ahora, no se puede negar, al mantenerse en las líneas más generales, que existe una estrecha afinidad entre algunos rasgos de la época renacentista y los de la época del romanticismo de unos siglos más tarde. Especialmente hay que atribuir la importancia capital a un cambio en la dirección del pensamiento y del sentir humano que culminó en lo que podría llamarse la **“interiorización del hombre”**, quiero decir, la valorización de ciertas perspectivas interiores ante la observación de meras apariencias sensibles. Siendo esta interiorización un rasgo fundamental del Romanticismo en general y especialmente del romanticismo polaco, fué ésta, al mismo tiempo, un rasgo destacado del Humanismo en Polonia. Nicolás Copérnico tomaba parte activa en la vida política y económica de Polonia. Fué el reformador del sistema monetario polaco, y, con esta oportunidad, enunció primero una ley monetaria, conocida hoy bajo la denominación de la Ley de Gresham. Fué el hijo de aquella atmósfera intelectual de la República de Polonia con su cultura del ideal, de la libertad del individuo ante el Estado y ante el Universo. El vuelo místico del individuo, el alzarse asimismo ensancha también los marcos del Universo y abre nuevos horizontes, donde se vislumbra lo infinito. Esta disposición creadora halló en los tiempos de Copérnico, un terreno propicio en el ambiente intelectual de la Universidad de Cracovia, su **“Alma Mater Jagellónica”**.

Los lazos íntimos con Polonia encontraron su expresión también en su actividad puramente política. Su patriotismo se documentó particularmente con ocasión de las guerras contra la Orden de los Caballeros Teutónicos. Esta Orden, que, después de la derrota en la batalla de Grunwald-Tannenberg, un siglo atrás, fué reducida a un territorio mucho más pequeño, se levantó de nuevo en armas contra Polonia. La lucha

terminó algunos años más tarde con la rendición al Rey de Polonia, convirtiéndose, en 1525, el Gran Maestro en vasallo y las posesiones de la Orden en feudo de la corona de Polonia. Durante esta guerra se produjo un sitio por los Caballeros Teutónicos de la importante ciudad de Olsztyn (Allenstein), en la cercanía de Frauenburg, donde residía Copérnico, y que fué defendida por las fuerzas polacas bajo su propia dirección.

El descubrimiento de Copérnico representa algo más que una nueva teoría astronómica. Tiene, en verdad, un significado simbólico, pues, es la inauguración de una nueva actitud del hombre ante el Universo y de una nueva actitud hacia sí mismo. El destronamiento de la Tierra fué un hecho heroico que, proclamando un desafío al sentido común y al testimonio de los sentidos, realizó ciertas tendencias innatas del alma hacia los problemas eternos. Mientras que la ciencia antigua estaba aficionada y entregada en su época clásica, a la visión finitista del Mundo, cuya belleza se expresaba en el mismo nombre del Cosmos —es decir el Orden— el hombre moderno y su ciencia, desviaban cada vez más los pensamientos hacia lo que trasciende todo límite. La ciencia antigua y, particularmente, la astronomía antigua, era antes de todo, la realización de la visión descriptiva, era, por decirlo así, una geometría del cielo, sin buscar —como lo dijo el mismo Copérnico— las causas intrínsecas de los movimientos celestes, lo que hubiera supuesto la existencia de los lazos más hondos y más espirituales entre el Hombre, el Universo y la Divinidad, presente en cada partícula del Universo. Era natural que el aspecto infinitista penetrara, cada vez más, en el pensamiento moderno y se difundiera también en muchas consideraciones científicas. Este aspecto se hizo más manifiesto con los descubrimientos posteriores de la astronomía. Que sirva de ejemplo el célebre descubrimiento de las estrellas dobles por Guillermo Herschel, a fines del siglo XVIII, en el cual el principio newtoniano de gravitación se transformó en una ley de gravitación universal. Con la ayuda de los poderosos instrumentos modernos, nuestro sistema solar se hizo, a su turno, miembro insignificante del conjunto de los innumerables astros del sistema sidereal de la Vía Láctea. Y a su vez, este mismo sistema no es más que uno entre las incontables islas universos, esparcidas en el espacio, desde las que la luz sólo nos llega en centenares de millones de años.

De este modo se ha producido un cambio radical en el sentimiento del hombre al contemplar el Cielo. El sentimiento de familiaridad con el Cosmos, que tenía el hombre antiguo, cedió su lugar a un sentimiento más profundo y de mayor penetración en el fondo del alma, lo que expresó tan elocuentemente Pascal, con estas inolvidables palabras: "Le silence de ces espaces infinis m'effraye". (El silencio de estos espacios infinitos me espanta"). Lo bello de la antigüedad cedió su lugar al sentimiento de la grandeza sublime, pues lo sublime es el sentimiento más propio del hombre moderno. Y, en aquel camino que conducía al hombre desde la visión de lo bello hacia la de lo sublime, brillará para siempre el nombre de Copérnico, el que, reduciendo al ser humano en su aspecto corporal, lo elevó, al mismo tiempo, hacia mayores alturas, en su carácter de un ser espiritual.

Santiago, mayo de 1943.

NOVEDADES DEL MES

- "Cristo Jesús", por el Padre Rafael Housse \$ 80.—
- "Iniciación al estudio de la Biblia", por Elena Isaac Boneo 51.—
- "Europa y la Fe", por Hillaire Belloc 36.—
- "La Filosofía del padre Gratry", por Julián Marías 78.—
- "Introducción a la Suma Teológica del Santo Tomás de Aquino", por Mons. Martín Grabman 22.50
- "Lo Eterno y lo Temporal en el Arte", por Octavio Derisi 45.—
- "Jeromin", por el P. Luis Coloma 40.—
- "Madrid de Corte a Cheka", por el Conde de Foxá 39.—
- "En torno a lo argentino", por Federico Quintana 30.—
- "Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana", por Pedro Felipe Monlau 200.—
- "Crónicas Literarias", por Ventura Chumillas 25.—

LOS MEJORES LIBROS A LOS PRECIOS MAS BAJOS

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

Santiago: Av. B. O'Higgins 1626 - Cas. 3746 - Tel. 89145

Valparaíso: Independencia 2042 - Tel. 7168.

Doctor Guillermo Koppers.

LA CRISIS DEL EVOLUCIONISMO SOCIOLOGICO

El Dr. Koppers es una celebridad mundial en el campo de la etnología. Director de la famosa revista "Anthropos" que agrupa a los hombres de ciencia más destacados, contribuyó a despejar la incógnita que rodeaba la vida, creencias y costumbres de los indígenas fueguinos. Acompañó en 1924 a Martín Gusinde en su tercera expedición a esas tribus primitivas y a su regreso expuso en Santiago los resultados de estos estudios en una conferencia, cuyo texto ha permanecido hasta la fecha inédito. Lo damos ahora por primera vez a la publicidad, por contener además, apreciaciones notables acerca del derrumbe de las hipótesis evolucionistas en el campo sociológico que tanto auge tuvieron entre los científicos del siglo pasado y que en vano es posible mantener ahora después de los definitivos descubrimientos de la nueva etnología. (N. de la R.).

Se ha tratado de amoldar —lo mismo que el desarrollo de la naturaleza— el desenvolvimiento del hombre dentro de un esquema extremadamente evolucionista. Y en el hombre no se han contentado los sostenedores de esta teoría con explicar su desenvolvimiento material en forma evolucionista, sino que también han dado, y muy principalmente, un origen evolucionista a su desarrollo intelectual y cultural. Sobre todo en este último sentido prestaba la etnología un apoyo decidido al evolucionismo, puesto que se ocupa esta ciencia del estudio de la lengua y de la cultura de los pueblos primitivos. Mostraba, en tal concepto, los rastros prehumanos, animales y semianimales del hombre, que debían probar su desarrollo netamente evolucionista también en el sentido de la historia de su cultura, partiendo de un estado animal.

Basadas en estas suposiciones se cultivaban la etnología y el estudio comparativo de las religiones. Siempre que se presentaban en un pueblo primitivo manifestaciones sociales y religiosas bajas, como el canibalismo, promiscuidad sexual, matriarcado, culto de espíritus y demonios, brujería, etc., no faltaba nunca el refrán: ¡He ahí el exponente claro del origen bárbaro y animal del hombre! ¡He ahí, también, una

nueva demostración de cómo la ciencia moderna desmiente los conceptos fundamentales de la religión cristiana! Porque, según la filosofía cristiana, aparece el primer hombre como hombre verdadero y tienen su origen la familia y la religión, principalmente la creencia en Dios, en la cuna de la humanidad. ¡Ved, entonces —decían— cómo nuestra ciencia moderna del hombre, la etnología, nos demuestra en todos estos puntos lo contrario! Porque la familia, en especial la familia monogámica, y la religión, en especial la religión mono-teísta, son sólo el producto final de un largo, largo desarrollo.

Estas son algunas de las teorías fundamentales de la etnología evolucionista. En miles y miles de libros, escritos en todas las lenguas, se encuentra esparcida esta ciencia, y con ella se trabaja solapadamente o también en forma abierta, contra los fundamentos de la filosofía cristiana. Estas teorías han sido repetidas tantas veces, y en apariencia en forma tan científica, que no pocos representantes del cristianismo han llegado a creer que en estos asuntos es preciso hacer tales o cuales concesiones a la etnología evolucionista. Podría citarles ejemplos de esta clase, bien poco edificantes, por cierto, tomados de Alemania, Francia y Estados Unidos.

Ojalá pasen a ser pronto las desviaciones de esta clase, errores del pasado, pues no corresponden ya al actual estado de las investigaciones. La etnología ha experimentado en los últimos años un desarrollo tal, que nos permite abarcar con una claridad hasta ahora no soñada el conjunto de problemas que surgen de su estudio. Y como en tantas otras ocasiones, ha sucedido también aquí: una ciencia profunda, verdaderamente exacta, que armoniza en todas sus partes con los principios fundamentales de la filosofía verdadera.

La etnología moderna se ha llamado **histórica**, porque sigue en sus investigaciones, a diferencia de la etnología antigua, un método histórico. Ha llegado a establecer que la adaptación del evolucionismo extreme al desarrollo cultural del hombre conduce a un puro subjetivismo y a la negación de los hechos de la cultura histórica. Porque, ¿dónde está escrito que las costumbres bajas y bárbaras, como el canibalismo, las aberraciones sexuales, la brujería, etc., han de encontrarse forzosamente en el principio del desarrollo de la humanidad? ¿Puede una ciencia histórica, que parte de estas consideraciones fundamentales, llegar a resultados objetivamente

inatacables? Sólo por casualidad sería esto posible. Por casualidad solamente, de modo que no ofrece una base inamovible para el conocimiento de la verdad, cuyo conocimiento debemos siempre tratar de alcanzar.

La ciencia moderna proclama e insiste en que para hacer una investigación verdaderamente científica es preciso prescindir de todo prejuicio, principio básico que falta en absoluto a la etnología inspirada por las ideas evolucionistas. Por esto los resultados a que llega la etnología antigua no pueden ser sino una mera **construcción** del desenvolvimiento humano, resultado, por cierto muy distinto de aquél al cual debería llegar que debería ser una exposición de hechos real y efectivamente acaecidos.

¿Pero, cuál es, entonces, el sistema seguido por la etnología histórica para llegar a su fin, al conocimiento de la verdad histórica? Pues bien, no se realiza esto por medio de brujerías, sino que, dejando completamente a un lado las hipótesis evolucionistas, se pregunta únicamente: ¿en qué capa humana o cultural se encuentra tal o cual fenómeno? Según la respuesta obtenida en esta forma **objetiva** aprecia la etnología histórica el valor y la edad de los distintos fenómenos.

Pues, la etnología moderna ha reconocido siempre con mayor claridad que no todos los pueblos primitivos son igualmente primitivos. Por el contrario, hay entre éstos diferencias fundamentales. Me referiré, por vía de ejemplo, a un caso que nos interesa aquí en Chile. Los **araucanos**, por una parte, y los **yaganes**, por otra, son pueblos primitivos de Sud América. Y, sin embargo, como es sabido, ¡cuán distinto es el nivel cultural de ambos grupos! Los yaganes son etnológicamente mucho más primitivos y, por tanto, históricamente mucho más antiguos que los araucanos. La etnología evolucionista no se preocupaba en su trabajo de investigación de estas diferencias de edad. En cambio, la etnología histórica hace especial hincapié en ello y estima que esto es precisamente lo decisivo; indiscutiblemente que con razón, porque si no se corre constantemente el riesgo de tergiversar las cosas, presentando la interpretación de los hechos en el sentido opuesto a su desarrollo verdadero.

De modo que si se trata de investigar los principios del género humano, la etnología histórica nos indica como campo

de estudio los pueblos etnológicamente más antiguos, es decir, los llamados "**pueblos de cultura originaria**"? Estos son los que deben dar la solución. En esta forma quedan colocados los pueblos de cultura originaria de un solo golpe en una situación muy distinta a la que se les daba antiguamente. Y en el hecho, con la formación de la etnología histórica, se ha llegado más y más a este convencimiento.

Han sido reconocidos como tales pueblos de cultura originaria, actualmente vivientes y testigos de la más remota existencia del hombre, algunas tribus habitantes del Africa y Sud Asia, principalmente los pigmeos y pigmoides. En Sud América figuran, entre éstos, los yaganes y alacalufes en la región austral de Chile y los ges en el Sureste del Brasil. Es natural que éstos no son pueblos de cultura originaria en sentido absoluto, puesto que tales pueblos hoy día ya no existen. Pero en un sentido **relativo** son pueblos de cultura originaria, y lo son por cuanto mantienen mejor que todos los demás hombres los conceptos e instituciones originarias y porque las han conservado hasta nuestros días. De modo que si queremos obtener respuesta a cuestiones relacionadas con el origen de la humanidad, debemos dirigirnos imprescindiblemente a estos representantes de las culturas originarias.

¿Cuáles han sido, entonces, en conformidad a los conocimientos que de todos estos pueblos poseemos, las características **intelectuales y culturales** del género humano **en sus orígenes**? La respuesta que obtenemos está, por una parte, en contradicción en todos los puntos sustanciales con las teorías evolucionistas, y armoniza, por otra, en todas sus partes con los principios de nuestra filosofía cristiana. Las condiciones **materiales y económicas** de estos pueblos son, naturalmente, de lo más sencillas que es posible imaginar. La base de su subsistencia la constituyen la caza y la recolección de alimento vegetal. No conocen todavía el cultivo de los campos ni la cría de animales. El estado nómada en que se encuentran debido a la forma de proporcionarse el alimento, no les permite acumular bienes en grandes cantidades. Uno de estos pigmeos o yaganes podría decir como los sabios de la antigüedad: omnia mea mecum porto.

Pero estos caracteres no son lo decisivo. Lo fundamental está en la vida **social, intelectual y religiosa** de estos hombres. Según los principios del evolucionismo deberíamos encontrar precisamente entre estos pueblos los usos y costum-

bres más rudas y salvaje. ¡Afortunadamente los hechos no siempre se rigen por las teorías!

En lo que se refiere a la **familia** lo menos que hay entre estos pueblos es una vida semianimal de promiscuidad sexual. Muy por el contrario, la monogamia es entre ellos tan característica, que ya hace años ha sido calificada de **monogámica** esta etapa cultural. Esta denominación fué creada por **W. Wundt**, quien, a pesar de ser un evolucionista decidido, tuvo que rendirse ante la evidencia de los hechos.

Se relaciona en estos pueblos íntimamente con la monogamia una **igualdad de derechos** entre el hombre y la mujer. Sólo en etapas más avanzadas de la cultura es degradada la mujer a la condición de esclava: en la etapa originaria la mujer es considerada como compañera del hombre. Esto posibilita una vida armónica y hasta cierto punto ideal, desconocida generalmente en las etapas culturales posteriores.

¿Cuál es la **religión** de estos pueblos de cultura originaria? Este es con toda seguridad el punto en el cual ha experimentado su derrota más trascendental el evolucionismo. Porque las cosas están hoy día en tal situación, que es necesario recurrir precisamente a estos pueblos de cultura originaria, si se quiere encontrar entre los pueblos primitivos un **monoteísmo** bien caracterizado. Así como sociológicamente se caracterizan los pueblos de cultura originaria por la monogamia, en sus creencias son todos más o menos monoteístas. Esto ha sido demostrado en Europa en las últimas décadas por el sabio inglés **A. Lang** y por mi apreciado jefe y maestro **P. W. Schmidt**. Entre las obras de A. Lang debo mencionar "Making of Religion", tercera edición, Londres, 1909, y de P. W. Schmidt: "L'origine de l'idée de Dieu". Anthropos, 1908-10; la misma obra ha sido ampliada en lengua alemana, bajo el título "Der Ursprung der Gottesidee", un tomo, 1912. Además, está en preparación una Etnología General; la primera que se publicará orientada en el sentido del método histórico, obra de P. W. Schmidt y mía.

Tomaré uno de los muchos ejemplos que podría citar del Viejo Mundo. En las islas de Andaman situadas en el Golfo de Bengala vive uno de estos pueblos de cultura originaria: los **pigmeos andamanenses**. Escuchad como nos describen el monoteísmo de este pequeño pueblo los investigadores ingleses **Man** y **Portman**.

Los andamenenses dan el nombre de **Puluga** a su Ser Supremo. A pesar de que tiene un aspecto igual al fuego, es hoy día invisible; antiguamente tenía —según ellos— relaciones con los hombres. Su residencia es el cielo y dicen que vive en una gran casa de piedra. Los vientos son su respiración, manifiesta sus iras por el trueno y los relámpagos son fuegos que lanza en el espacio. La desobediencia de los hombres provocó su cólera. Les ha prohibido la falsedad, el robo, la agresión, el homicidio y el adulterio. Les prohíbe, también, quemar cera con fines de brujería. No deben tampoco comer “yams” y determinadas frutas durante la primera mitad de la época de las lluvias, y si lo hacen —como lo hicieron los primeros hombres— ocurrirá nuevamente un diluvio. Puluga jamás ha nacido y es inmortal. Juzga, también, a los hombres después de su muerte.

A más de este ejemplo tomado del Viejo Mundo, citaré un caso de América, que tiene más interés para nosotros. Un ejemplo espléndido nos lo proporcionan los yaganes, en la Tierra del Fuego.

Los etnólogos sabían ya desde hace tiempo que entre los salvajes de Sud América se encuentran todavía algunos de los llamados pueblos de cultura originaria y que entre éstos se encuentran las tribus de los yaganes y alacalufes en los confines australes de este continente. Era, por esto, un problema apremiante de los americanistas, investigarlos con precisión, sobre todo porque es sabido que dentro de pocos años habrán desaparecido. Por estas consideraciones es en alto grado meritorio y digno de aplauso que hayan sido organizadas estas investigaciones últimamente aquí en Santiago. Como es sabido, se han realizado éstas por **Martín Gusinde**, Jefe de Sección del Museo de Etnología y Antropología de esta ciudad. Nuestro Ilustrísimo señor Arzobispo y el gobierno chileno, que subvencionaron las expediciones, se han hecho por esto acreedores de perenne agradecimiento por parte de las ciencias del hombre. En 1918 y en 1919 pudo visitar estas tribus M. Gusinde, pero sólo en su tercer viaje, realizado en 1924, me ha sido posible acompañarlo. Como resultado de este viaje, podemos anotar una investigación concluyente de la cultura intelectual y religiosa del pequeño pueblo yagán.

Tal vez sea interesante exponer cuáles son las apreciaciones religiosas de estos hombres.

Hace más de noventa años que el "gran" Darwin dió a conocer al mundo que los yaganes son hombres sin Dios ni religión, y desde entonces esta opinión se ha propagado en todas partes. Nosotros tuvimos la suerte de que nos acompañaran en nuestra expedición, las condiciones más favorables para poder llevar a cabo nuestro trabajo, circunstancias verdaderamente únicas, que nos permitieron indagar los secretos más íntimos de los yaganes. Con la estupéfación fácil de comprender, pudimos constatar que cada yagán tiene un concepto extraordinariamente claro y definido de Dios. El yagán llama al Ser Supremo **Hitapuan**, es decir, mi padre, o **Watauineuwa**, o sea, el inmortal, el eterno, o **Monaunakim**, que significa El Supremo. Este Ser Supremo no lleva una existencia exclusivamente divina en la inconmensurable inmensidad del espacio. - No; tiene una participación muy activa en la vida diaria de los yaganes. Si alguien se enferma, se pide al gran **Watauineuwa** su restablecimiento; si alguien está en peligro, digamos en una tormenta en el mar, se implora ante él la salvación. Y si concede lo uno o lo otro, nadie olvida agradecersele al **Hitapuan**. El es, principalmente, señor sobre vida y muerte. Si les arrebatara parientes queridos por la muerte, se quejan ante él y hasta le riñen de palabra. Las oraciones que se le dirigen, son generalmente ciertas fórmulas que se han conservado de padres a hijos desde tiempos antiquísimos. Pudimos recoger más de sesenta de estas fórmulas, en su idioma original y fielmente traducidas. Es, sin duda, una adquisición sumamente valiosa para la historia de las creencias humanas, tal vez única y de un valor inmenso, porque poseemos muy pocas de esta especie.

Demás está decir que este material sobre el monoteísmo de los yaganes lo hemos examinado detenidamente y en repetidas ocasiones, para poder establecer nuestras observaciones con toda seguridad. Hemos conseguido plenamente nuestro objeto y esperamos poder dar a conocer próximamente al mundo científico los resultados obtenidos en esta materia, junto con las demás investigaciones practicadas (1).

(1) M. Gusinde ha publicado a la fecha dos gruesos volúmenes con el resultado de sus investigaciones. El primer tomo, dedicado a los Onas, apareció en 1931, y el segundo, referente a los yaganes, en 1937. Se encuentra aún inédito el tercer tomo, que trata de los alacalufes. (N. de la R.).

A pesar de los escasos datos que acerca de la religión de los yaganes acabo de exponer, ellos bastarán para probar que significan un nuevo golpe dado a las teorías evolucionistas acerca de las ciencias religiosas. (2)

La etnología y la ciencia comparativa de las religiones han arribado a estos resultados principalmente por la aplicación del método **histórico**. Porque la situación actual de estas dos ciencias se caracteriza particularmente por la lucha entre el método evolucionista y el histórico. En una breve conferencia no es posible, naturalmente, dar una explicación detallada acerca de cada uno de los puntos discutidos, ni de los resultados a que ha sido posible llegar; apenas nos ha sido dado esbozarlos a grandes rasgos. Pero creo que lo dicho basta para demostrar que en el hecho la etnología histórica ha dejado de manifiesto que la aplicación del evolucionismo al desarrollo intelectual, cultural y especialmente religioso del hombre, nos conduce de lleno ad absurdum y que lo vence en todas sus partes, al menos a los ojos de todos aquéllos que cultivan una ciencia verdaderamente **objetiva**.

Los mayores adelantos los ha alcanzado la etnología histórica principalmente en países de habla alemana. Esto está íntimamente relacionado con el extraordinario desarrollo que han alcanzado las ciencias históricas en estos países últimamente. El segundo lugar lo ocupan los Estados Unidos de Norte América. Es curioso que esta distanciación de los principios evolucionistas se haya operado en el mismo grado e independientemente en estos países, lo que es, en parte, consecuencia del aislamiento a que estuvieron sujetos durante la guerra mundial. De detenidas e interesantes conversaciones con el Dr. A. Oyarzún, se desprende que también este caballero, de tanto mérito para nuestra ciencia, desde hace ya años ha realizado investigaciones en el sentido histórico, sin tener mayor conocimiento de ambos movimientos. En vista de estos hechos, podemos decir que el método histórico estaba ya latente, lo que no constituye, por lo demás, un acontecimiento nunca visto en la historia de las ciencias. La etnología acaba de dejar el período de su infancia, y es por esto que ahora perciben las mejores cabezas entre los etnólogos, que el ob-

(2) Detalla más la religión de los yaganes el artículo del Dr. A. Oyarzún, que publicamos en seguida. (N. de la R.).

jeto de la etnología no puede alcanzarse sino por medio del empleo de un método histórico.

Entre los representantes de la etnología histórica en los países de habla alemana, debemos citar al Profesor **Fr. Grabner**, en Bonn; al Prof. **W. Foy**, en Colonia; al Prof. **B. Ankermann**, en Berlín, y al Prof. **Menghin** y **P. W. Schmidt**, en Viena.

Durante el año pasado, tuve ocasión de pasar algunos meses en los Estados Unidos y pude hablar personalmente con muchos de los principales etnólogos de ese país. Lo que conocía ya de sus obras, lo escuché de sus propios labios: la mayor parte de ellos ya no quiere saber nada de las antojadizas construcciones del evolucionismo etnológico. Citaré a los Profesores **Boas**, **Wissler** y **Goldenweiser**, en Nueva York; **Swanton** y **Cooper**, en Washington; **B. Laufer**, en Chicago, y **Kroeber** y **Lowie**, en San Francisco. Subsisten todavía algunas diferencias y disconformidad de pareceres entre los representantes de la etnología histórica en los países de habla alemana, por una parte, y los Estados Unidos, por otra. En repetidas ocasiones pude subsanar, más o menos, tales obstáculos por medio de una entrevista personal. En todo caso, las apreciaciones fundamentales son las mismas, de modo que con razón podemos esperar un avenimiento de ambas tendencias.

En Inglaterra trabaja en este sentido el eminente etnólogo **W. H. Rivers**, seguido de sus discípulos. En Francia y Bélgica se dedican principalmente al estudio comparativo de las religiones los sacerdotes católicos, desde hace unos años. Los más conocidos son el padre jesuita **Bouvier**, muerto en la guerra, y los padres **Grandmaison** y **Pinard**, de la misma Orden; también son dignos de mención el canónigo **Bros** y el padre dominicano **Lemonnyer**.

Estos caballeros fueron impulsados en este sentido por **W. Schmidt**. A su iniciativa se deben los cursos internacionales sobre etnología histórica que se realizaron en la ciudad de Lovaina en 1912 y 1913. El sabio cardenal **Mercier** es presidente honorario de la institución; secretario general fué en aquel entonces, y lo es todavía, **W. Schmidt**. Desde la muerte del **P. Bouvier** ejerce las funciones de segundo secretario el **P. Pinard**. Este último ha escrito una obra sobre el método histórico en la etnología y en el estudio comparativo de las re-

ligiones. Los mencionados cursos sobre etnología, histórica que fueron suspendidos durante la guerra, deben iniciarse este año (1925) nuevamente en la ciudad holandesa de Tilburgo. Las conferencias de los dos primeros cursos, dadas casi todas en francés, también han sido publicadas.

Con lo dicho anteriormente, creo haber proporcionado una idea acerca del auge que en los principales países tiene hoy día el pensamiento histórico en la etnología y en las ciencias religiosas, auge que marcha, naturalmente, paralelo al desprestigio de las teorías evolucionistas.

ORBE

EL SELLO EDITORIAL QUE SE IMPONE

HISTORIA DE CHILE ILUSTRADA

por WALTERIO MILLAR

Texto auxiliar para las Escuelas Primarias y anexas a los Liceos, aprobado por el Ministerio de Educación. Un libro que todo chileno debe leer. 350 páginas con más de 500 ilustraciones \$ 30.—

Descuentos especiales para los colegios.

Panorama Europeo, por Elemer Miklós, 130 ilustraciones. Libro de gran actualidad 30.—

Memorias de un emigrante, por Benedicto Chuaqui. Premio Municipal 1942. Edición de lujo 40.—

Cabo de Hornos (segunda edición), por Francisco A. Coloane 25.—

Noche, por Eugenio González 18.—

Palabras para canciones, por Augusto D'Halmar. Premio Municipal 1941 20.—

Escritores iberoamericanos de 1900, por Manuel Ugarte 22.—

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DEL PAIS

Despacho contra reembolso libre de franqueo.

PIDA NUESTRO BOLETIN DE NOVEDADES

EDICIONES 'ORBE'

CASILLA 1316

SANTIAGO DE CHILE

Doctor Aureliano Oyarzún.

LA IDEA DE DIOS EN LA TIERRA DEL FUEGO

En la zona austral de Chile viven los restos de un pueblo antiquísimo, el de los yaganes, cuyas costumbres simples los incluyen entre los más primitivos habitantes del globo. De sus ideas religiosas nada se sabía por el recelo que tenían en comunicarlas a los extraños, y no faltaron exploradores como Darwin que, después de un viaje superficial, llegaron a sostener que carecían de conceptos del más allá y poco se diferenciaban de las bestias. Tres detalladas expediciones realizadas por Martín Gusinde, jefe de sección del Museo Histórico Nacional, han venido a desmentir estas afirmaciones y probar que los yaganes, como todas las tribus primitivas, poseen nítidos conceptos de la Divinidad. No pudo, pues, este pueblo escaparse a la ley universal de que el hombre de todas las latitudes y edades ha confesado a Dios.

El Director del Museo Histórico, doctor Aureliano Oyarzún, ofrece en el artículo siguiente una noticia de las investigaciones de Gusinde, de gran resonancia en el mundo científico europeo, pero casi ignoradas entre los hombres cultos de Chile. (N. de la R.).

Al tratar sobre las ideas religiosas de los indígenas yaganes de la Tierra del Fuego, no está demás recordar que, según la nueva escuela del desarrollo de la cultura humana, se divide ésta sucesivamente en nomadismo, totemismo, derecho materno, etc. Los yaganes han sido siempre y son todavía nómades. La cuestión de saber desde cuándo practican esta cultura, es fácil de resolver, teniendo en cuenta que un pueblo primitivo como éste no se alimenta sino de lo que encuentra a su paso o le ofrece la orilla del mar. Más aún, si provienen de los gez del Brasil, es decir, del pueblo más antiguo de la América del Sur, tendríamos que admitir que su cultura es milenaria y que se ha conservado igual desde su aparición. No conocieron el totemismo ni las escasas influencias de cul-

turas más elevadas que sus vecinos onas recibieron de los patagones.

Martín Gusinde, el feliz explorador de la Tierra del Fuego, nos ha dado, mientras tanto, una minuciosa relación de las costumbres de este pueblo próximo a desaparecer. Deja constancia de que los yaganes no han conocido el totemismo, es decir, la costumbre de emparentarse con los animales, ni el chamanismo, la brujería, etc. Si Freud, el conocido autor del psico-análisis, pretende enseñarnos en su obra sobre el totemismo y el tabú, que la religión proviene de esta cultura y nos la explica con su famoso complejo de Edipo, diremos que los descubrimientos hechos en la Tierra del Fuego prueban lo contrario y rechazan su teoría. Jaime Eyzaguirre expresa esta misma opinión en un folleto que recién ha dado a luz ("Freud y el origen de las religiones"). La religión es más antigua que el totemismo y, a pesar de todo lo que se ha escrito desde decenios sobre esta materia, debemos reconocer que los esfuerzos del Dr. Guillermo Schmidt, de Viena, en sus vastos estudios sobre este problema llegan al verdadero conocimiento de este asunto que el Museo Histórico Nacional de Chile, por su parte, ha contribuido a poner en claro.

En cuanto a que el totemismo no haya sido un fenómeno universal y que no se encuentren sus manifestaciones en América, es algo en que no se ha reparado bien, pues desde los algonquinos en Norte América, de los que se deriva la palabra totem, hasta la Araucanía, es un fenómeno evidente en los pueblos que pertenecieron al área cultural conocida con la designación de totemista.

* * *

El pueblo yagan, tan mal conocido hasta la época de los viajes de Martín Gusinde a la Tierra del Fuego y la publicación de su obra sobre los pueblos que la habitan, era considerado como el más atrasado de los que pueblan el globo, a tal punto que se negaba tuviese también una religión. Los misioneros y viajeros que habían visitado esos parajes en los siglos pasados y comienzos del presente, les negaron la existencia de un culto o creencia religiosa. No podían ser acertados estos juicios, dada la brevedad de las visitas de estos misioneros y viajeros, porque los yaganes cuidaban celosamente sus

ideas, temiendo la curiosidad y las burlas de los europeos. Fué necesaria una gran paciencia y mucha suerte para que Gusinde lograra sospechar algo de sus ideas religiosas. La primera oportunidad para esto se le presentó en el segundo viaje (1919). Reunido cierto día con un grupo de indígenas que le explicaban algunos de sus mitos, mencionaron el que se refiere al diluvio. Preguntóles Gusinde quien había provocado este castigo y callaron visiblemente molestos. Repetida la pregunta, un anciano dijo al fin: "Fué Lexuwakipa" (*) la que lo envió". Nuevamente interrogó Gusinde si era realmente tan poderoso Lexuwakipa, a lo que respondió el anciano: "En realidad fué Watauineiwa instigado por ella". Gusinde, que nunca había oído mencionar este nombre, no pudo menos que averiguar quién era este personaje, aumentando con esto la turbación general. Nadie respondió hasta que, interrumpiendo el silencio, el mismo anciano dijo valientemente: "Watauineiwa es algo así como el Dios de los europeos", expresando, al mismo tiempo, que no era conveniente proseguir esta conversación.

Pensó Gusinde que se trataba de influencias recibidas de los misioneros y no se atrevió, por el momento, a dar otra interpretación a este asunto del diluvio. Pero al celebrarse, en 1920, la fiesta del "chehaus" o de la iniciación de la juventud, en que Gusinde fué admitido como "uswaala" o novicio, oyó mencionar nuevamente varias veces a Watauineiwa, sin poder adelantar nada sobre este asunto, que tan vivamente le interesaba.

Pasaron nuevamente dos años. Gusinde, acompañado en éste su tercer viaje, por W. Koppers, estaba un día reunido a un grupo de mujeres indígenas a quienes interrogaban sobre asuntos de su interés, cuando se pronunció otra vez este nombre. Lleno de curiosidad trató de saber esta vez algo más, logrado que, después de un rato, una dijese: "Watauineiwa es Dios, como el Dios de los cristianos". Sólo, agregó después, que, en caso de muerte, se dice, indicando al pariente más cercano del difunto: "Watauineiwa lo castigó".

Días después, Nelly Lawrence, la nuera yagan del misionero de este apellido, que ya había ayudado a Gusinde en diversas ocasiones a conocer las costumbres de su tribu, lo invitó, junto con otra mujer, para contarle todo lo que le intere-

(*) Uno de los poderosos espíritus en que creen estos yaganes.

sará conocer de Watauineiwa. Ante todo, le dijo en esa ocasión: "A ninguna de las dos ha castigado Watauineiwa; no se ha llevado a ninguno de nuestros hijos y por eso no nos avergonzamos cuando se habla de él en nuestra presencia; podemos aún nombrarlo ante otras personas. En cambio, las mujeres castigadas por él, a quienes ha arrebatado un hijo, se avergüenzan cuando se habla de Watauineiwa".

Así se explicaba, pues, la extraña actitud de esta gente al preguntárseles por el Ser Supremo. Aquella tarde, Nelly confió a este explorador la mayor parte de los nombres con que se le designa, como también muchos de los rezos con que los yaganes se dirigen a él y que damos a conocer más adelante.

Impuesto Gusinde de esta creencia, podía manifestar ahora conocerla ante los demás indígenas, pero cada vez que nombraba a Watauineiwa, daba a entender que lamentaba las muertes que había ocasionado y que acompañaba a los deudos en su dolor. Los yaganes, agradecidos por esta participación en sus penas, no tenían ya inconveniente en contestar una que otra pregunta que Gusinde les hacía para completar sus conocimientos. Jamás se burlaron Gusinde ni Koppers de estas creencias y, muy por el contrario, parecían venerarlas, lo que complacía a los indígenas. Criticaban éstos a menudo a los cristianos que hablaban desdeñosamente de su propio Dios y hasta se burlaban de él, cosa que los yaganes jamás habrían intentado con Watauineiwa. Era por esto grande su alegría al ver que estos europeos respetaban a Watauineiwa y sus creencias.

En su tercer viaje agregó Gusinde nuevos conocimientos a los ya adquiridos, que se completaron, a su vez, durante una fiesta mortuoria a que asistió en su cuarto y último viaje a Tierra del Fuego.

Esta religión, término que con justa razón podemos aplicar a esta creencia en un Ser Supremo de un conjunto de hombres, no se encuentra, por cierto, ordenada en un sistema filosófico, en un todo sistemático. Gusinde nos la presenta con cierta orden, para mayor comprensión de los lectores. En realidad, este pueblo sólo tiene conocimientos aislados, cosas que a veces no comprenden sin que sientan tampoco la necesidad de explicárselo.

Los yaganes piensan generalmente en términos concretos y por eso su Dios tiene también caracteres y rasgos definidos.

Se le denomina con nombres especiales que caracterizan sus cualidades. Es para ellos un espíritu que interviene en la vida de los individuos y del grupo. Aunque muchos indígenas conocían las expresiones "Dios" y "God", jamás aplicaron, para designar, a Watauineiwa, sino las denominaciones usuales entre ellos que no son nombres propios, sino, más bien, expresiones con un significado definido, generalmente superlativos aplicables únicamente a este espíritu. Así, por ej., se expresan de Watauineiwa en el sentido de "el arcaico", es decir, el único ser cuya edad sobrepasa a la de todas las demás cosas. Agregan, a veces, el sufijo "sef", para decir "el arcaico e inmensamente fuerte". "Hidabuan" indica "mi padre"; "Tánuwa", "mi querido y buen viejo". Con otras expresiones indican "el poderoso", "el fuerte", "el único poderoso", "el que irrita a los hombres y los pone furiosos", etc. Cuando alguien ha muerto, presentan a Watauineiwa como "el asesino de arriba, del cielo", exteriorizando así su inmenso pesar. No se usan indistintamente estas expresiones, sino para el caso preciso.

Se reconoce a Watauineiwa una personalidad propia, independiente y distinta a la de los otros espíritus y de los hombres. Es un espíritu y, como tal, invisible, sin que existan tampoco representaciones materiales de su ser. Este espíritu se mantiene alejado de la tierra, "lejos, allá arriba, en el éter". Está presente, sin embargo, en todas partes y lo sabe todo. Es considerado, además, como autor de las leyes que rigen la vida de este pueblo y juez que castiga a los que la infringen. Es él también el que da y quita la vida a los hombres, que no puede sino acatar sus designios. Depende de Watauineiwa el tiempo atmosférico, el buen o mal resultado de la caza, de la recolección, etc. En una palabra, es él quien castiga y premia a los seres humanos. No le incomodan las amenazas que éstos le dirigen cuando los castiga. Watauineiwa no emplea fuerzas físicas; actúa sólo por su voluntad. El pueblo yagán siente gran temor por él y así se oye decir a menudo: "Debemos temer y guardarnos de Watauineiwa". A él pertenece el mundo material; de ahí que los animales y las plantas sólo puedan ser usufructuados por los hombres en la medida de sus necesidades; todo exceso puede ser castigado.

Este espíritu tiene también poderes especiales para influir en el destino de los yaganes. Creen que, cuando los espíri-

tus inferiores les causan un mal, tienen, por decirlo así, el visto bueno de Watauineiwa que, según esta idea, es el único responsable de todo lo que sucede.

Cabe preguntarnos ahora si este espíritu también es considerado como creador del mundo existente. No parece que los yaganes tengan una idea clara al respecto. Nunca hablan de una creación salida de la nada, ni aseguran que Watauineiwa haya existido antes que las demás creaturas; pero parece que así lo creen cuando dicen: "Watauineiwa existió primero. Después creó a los animales, por eso todo le pertenece". Nadie parece preocuparse del origen del hombre y de las demás cosas, bastándoles con considerar a Watauineiwa como señor y dueño verdadero de todo lo existente, con lo cual se le reconoce, a su vez, como la única causa de la existencia del mundo material. Conciben a Watauineiwa como un ser de existencia y duración ilimitada en el pasado y el futuro, es decir, eterna. Se le considera generalmente como un ser bondadoso y les agrada a los yaganes llamarlo con el cariñoso denominativo de "padre". Nunca lo evocan en un mito junto a otro espíritu inferior; se le separa y mantiene siempre en una situación independiente y superior. Tampoco le asignan las condiciones de vida que a ellos parecen indispensables, como ser casado, por ejemplo. Y así, cuando Gusinde les preguntó si Watauineiwa era casado, lo miraron con curiosidad y preguntaron en seguida quien había dicho semejante cosa. Gusinde respondió que nadie y que se trataba de una simple pregunta; se miraron asombrados, sin concebir que un europeo pudiese formular una pregunta tan tonta. No tienen tampoco una idea clara de sus condiciones de vida como habitación, alimento, sueño, etc. y no hablan de esto. Saben que tiene una forma especial de vida y esto les basta.

Actividades religiosas.

Como Watauineiwa interviene en la vida de cada individuo, ya sea para premiarlo o castigarlo, es imposible desentenderse totalmente de él. Es difícil no recordarlo, porque parientes y amigos se encargan de evocarlo frecuentemente. Pero, la sencillez de vida de estos fueguinos se refleja también en su religión. Fuera de algunos rezos, su actividad re-

ligiosa es casi nula. No existen imágenes ni representaciones del Ser Supremo, lugares reservados para rendirle culto, ni sacerdote o ceremonial apropiado. Nada hay que indique al europeo la existencia de un culto religioso y esto explica el desconocimiento de su religión. Sólo puede indicarse como religiosa en este pueblo, una constante actitud de reverencia por el Ser Supremo, que induce al individuo a mantenerse en cierta línea de conducta, prescrita por Watauineiwa a la tribu, y que puede compararse con la conciencia en el terreno de las obligaciones morales. Es esta reverencia la que hace tan dóciles a los yaganes para obtener las imposiciones de sus semejantes. Son fieles a la idea de que "Watauineiwa lo ve todo y desea que cada uno se conduzca como siempre ha sido uso entre los yaganes". Nadie se atreve tampoco a pronunciar su nombre sin causa justificada, ni mucho menos a mostrarse de él. Al nombrarlo se hace con profundo respeto y se adopta un tono de voz especial.

Los yaganes conocen una serie de rezos o fórmulas que usan, según las circunstancias, para dirigirse a Watauineiwa. Los vienen repitiendo desde siglos sin variaciones, de tal manera que muchos de ellos contienen palabras que, además de no usarse ya vulgarmente, han llegado a ser ininteligibles para ellos, conservando sólo el significado total de la invocación. Dominan entre ellos las quejas y las fórmulas usuales del duelo, porque la muerte los impresiona fuertemente; pero conocen, además, rezos para dar las gracias por un favor recibido, invocaciones de diverso contenido y otras en que se solicita algo del Ser Supremo, como en las siguientes: "Padre mío, sé benigno". Estas palabras se dicen para conseguir buen éxito en una empresa de caza o al realizar un viaje en canoa. "Que me dé buena dirección el viejo de arriba", se dice cuando alguien está amenazado por el mal tiempo mientras viaja en el mar y desea llegar pronto a la costa. "Sé benigno conmigo, padre mío, salva el bote", se reza en caso de ser sorprendido por un temporal. De la misma especie, Gusinde enumera y explica 12 rezos.

Rezoes de agradecimiento: Es curioso constatar que este pueblo se siente impulsado con cierta frecuencia a dar las gracias expresamente a su Dios por un favor recibido, lo que indica la estrecha relación en que ambos se mantienen. "Gracias, padre mío, me acompañó buen tiempo"; "Estoy satis-

fecho con el viejo; mi padre”; “Nos protege mi padre”; “Alejaste los malos tiempos de mí, padre mío”; “Te agradecemos la llegada del verano, ha terminado el invierno”; “Nos ha protegido bondadosamente mi padre, nos ha salvado el bote; nos congratulamos de nuestro padre”.

Gusinde cita en su obra 16 de estos rezos de agradecimientos.

Expresiones de queja y acusaciones: Son las más frecuentes y se usan cuando los deudos están reunidos clamando su dolor al cielo. Muchas veces acusan a Watauineiwa llamándolo “asesino del cielo”. Gusinde pudo conocer y anotar la mayor parte de estas expresiones al asistir a una fiesta mortuaria. “El viejo del cielo me lo quitó, estoy sentida con mi padre, oh!”. “Padre mío, ¿por qué me has castigado desde lo alto?”. Estas palabras son pronunciadas en medio del llanto entrecortado y los sollozos de una madre que llora a su hijo. “¿Dónde podré encontrar al viejo del cielo?, oh!”. Palabras pronunciadas por una persona desesperada que desea encontrarse con Watauineiwa para arreglar cuentas con él. “Arrebátame a mí también la vida, padre mío”. Expresión de un viudo que, echando de menos a la compañera de su vida, desea morir también.

De estas invocaciones cita Gusinde 35 en total.

Invocaciones de diverso contenido: “En caso de que mi padre sea benévolo, volveremos a encontrarnos”. El temor a la muerte inspira esta fórmula antes de emprender un viaje. “El viejo ha vuelto a golpearme la cabeza en el bosque, ¿cómo lo soportaré?”, o sea, que alguien estuvo en peligro de ser derribado por un árbol en el bosque. Culpa de ello a Watauineiwa y no sabe cómo atenuar el temor que experimenta ante el peligro inminente. “El viejo te llevará, si eres indolente”, esta advertencia la hace el anciano encargado de instruir a la juventud en la fiesta de la iniciación. Quiere decir que Watauineiwa mata a los flojos.

De estas invocaciones, Gusinde transcribe 9, diciendo que antes hubo otras que en la actualidad ya no se recuerdan y se han perdido.

Origen de la religión de los yaganes: Cuando se estudian las ideas religiosas de estos indígenas, se descubre que no hay en ellas influencias cristianas transmitidas por los misioneros como podría pensarse. Si algo han aprendido real-

mente de éstos en los largos años del establecimiento de las misiones, lo consideran como un conocimiento diverso a sus ideas y hasta como algo superfluo. Los individuos que se mantuvieron en contacto con las misiones, en realidad han sido pocos, y si algunos escucharon atentamente las prédicas, no puede concluirse de esto que las hayan entendido bien y menos todavía, que pretendieran por eso practicar lo escuchado.

Spegazzini, por ejemplo, niega la posibilidad de que estos indios puedan convertirse al cristianismo. Sus palabras textuales son éstas: "El indio catequizado, en general, no cree; hablando con algunos, criados por los misioneros ingleses, cuando les preguntaba si creían, me contestaban: ¿y tú, has visto a los espíritus del monte y del agua...? Se hacen los que creen para utilizar a los misioneros, ni más ni menos... Salidos los niños de la misión, prosigue, se encuentran sin herramientas, sin apoyo social, sin nada, pero es preciso que vivan y vuelven a vivir como sus padres...". En este ambiente, agrega Gusinde, se pierde pronto lo que han aprendido de los extranjeros.

Spegazzini añade todavía: "El indio de más de 10 años de edad no es susceptible de civilización; ya tiene demasiado arraigados en el alma sus principios de libertad y haraganería".

Una mujer contó a Gusinde que, siendo muchacha, había permanecido algunas semanas en casa del misionero Lawrence y que allí se terminaba siempre la jornada diaria de trabajo con la lectura de algunos versículos de la Biblia, a lo que el misionero agregaba algunas explicaciones sobre Dios. "Yo, le decía la mujer a Gusinde, escuchaba aquellas explicaciones de su Dios, que exige que todos sean buenos, que trabajen, que no roben, no se preocupen de la mujer del prójimo y vivan en armonía. Estas no eran novedades para mí. Watauineiwa nos ha enseñado lo mismo y nuestros antepasados han vivido siempre según sus exigencias. No necesitamos el Dios cristiano para saber estas cosas". Y realmente se convenció Gusinde de que esta mujer nada había adoptado del credo cristiano. Ni la misma nuera de Lawrence, Nelly, que vivía junto con este hombre profundamente observante, había adoptado sus ideas religiosas. Ella fué la que dió a conocer a Gusinde los pormenores del culto de Watauineiwa; y le hablaba con frecuencia de este tema, manifestando gran satisfac-

ción, porque este extranjero demostraba tener interés por sus creencias. Siempre le decía que a ella le bastaban sus ideas y que no sentía necesidad del Dios cristiano. "Incomparablemente más bello es todo lo que se cuenta de nuestro Watauineiwa", agregaba. No pudo Gusinde descubrir su inscripción en los registros de bautismo ni tampoco rasgos de cristianismo en su creencia. Son escasísimos, por lo demás, los bautizos y matrimonios celebrados en las misiones.

Las traducciones al idioma de los yaganes, de algunos párrafos de la Biblia, no son leídos con provecho por los indígenas, como no se nota tampoco que hubieran difundido entre sus semejantes los conocimientos que adquieren de los misioneros. La conclusión de todo esto para Gusinde, es que la creencia en Watauineiwa no se debe a influencias de los europeos. La forma en que a él le fué dado a conocer este Espíritu Supremo, nos explica por qué permaneció desconocido durante tantos años para los viajeros y misioneros de la Tierra del Fuego. Cree poder asegurar que este credo de los yaganes es antiquísimo y se debe, por decirlo así, a simples exigencias lógicas del pensamiento humano que trata de explicarse ciertos hechos en relación a la existencia de un Ser Supremo. Finalmente, el mismo misionero Lawrence, que ha actuado muchos años entre este pueblo, negó a Gusinde la posibilidad que Watauineiwa proviniese de la idea de Cristo. Se alegraba sinceramente de que Gusinde hubiese descubierto también en este pueblo tan difamado, una religión, que contribuiría, según él, a borrar gran parte de la mala fama de que hasta entonces gozaron.

‘ ‘ EL CHILENO ’ ’

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.

Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

VICENTE HUIDOBRO, EL CREADOR (*)

Un poco de historia literaria

Para situar a Huidobro hay que, necesariamente, hablar del Creacionismo, escuela poética que él fijara extensamente en su libro *Manifestes*, en el que recopiló todos sus manifiestos anteriores sobre estética y poesía, doctrina que está latente desde sus primeras obras. Ya en 1916, en *El Espejo de Agua*, editado en Buenos Aires, en su *Arte Poética*, escribía: “¿Por qué cantáis la rosa, oh poetas? — Hacedla florecer en el poema”, desde donde inicia una carrera vertiginosa en su creación poética, al tiempo que da a conocer la buena nueva en los países de América y Europa. En Francia, al lado de los más grandes poetas de la época, Guillaume Apollinaire, Max Jacob, Louis Aragon, Tristan Tzara, Paul Eluard, André Bréton, André Salmon, Pierre Drieu La Rochelle y muchos otros (1), lleva adelante su poesía por caminos que se separaron prodigiosamente de todo lo tradicional y aun de lo revolucionario. Es así que, si bien la deuda de Huidobro para con Apollinaire —que es, por otra parte, la deuda de toda su generación— es de importancia, no se puede menos de considerar que, sin lugar a dudas, Huidobro superó a Apollinaire en muchos aspectos poéticos. Mucho más pura aparece la poesía huidobriana que la de Apollinaire, en la que cierto dandysmo —que Max Jacob con mucha razón achacaba al autor de *Alcools*— y gusto por lo pintoresco circunstancial vicia en no pequeña proporción el canto que corre en el fondo de sus versos. Pero, en lugar de seguir haciendo una historia entre anecdótica y estética de lo que sucedió en la poesía por aquellos tiempos, prefiero anotar brevemente el aspecto más exterior del aporte huidobriano, dejando para las líneas siguientes el análisis de lo intrínseco.

Los libros *Horizon Carré*, *Tour Eiffel*, *Haltali*, *Ecuatorial* y *Poemas Articos* (los tres primeros en francés), tuvieron, especialmente en España (2), una enor-

me trascendencia. Aunque una influencia directa del poeta chileno quisiera ser negada —cosa, por lo demás bastante improbable—, debería ser reconocida, en todo caso, la revolución poética que significó el hecho de que Huidobro diera a conocer a los españoles las nuevas búsquedas y realizaciones que se estaban intentando al otro lado de los Pirineos. Por otra parte, incluso en los libros escritos en francés, se advierte en el poeta chileno una libertad, un pleno aire tan vivo, que, sin pecar de orgullosos, no podemos menos de atribuirlo a la americanidad (3) ancha y virgen que, bajo las apariencias muy europeas de su poesía, alienta y da el clima inconfundible, que ningún otro poeta europeo podría ostentar: porque si bien las búsquedas que siguieron al grupo cubista de Apollinaire (surrealistas y demás) integran hallazgos de mucha importancia en los que Huidobro tuvo una participación menor, el aporte huidobriano fué único, y, cosa curiosa, no tuvo, no podía tenerlos, seguidores: los que le siguieron —muchos en España, muy pocos en Francia— no pudieron acomodar su alma a esa estética que requería un temperamento tan joven, rico y virgen como el del poeta americano creacionista, a riesgo de caer, como sucedió con muchos, en el *pastiche* o en la *composición*. Por esto, por ejemplo, el creacionismo de Gerardo Diego —uno de los buenos poetas españoles contemporáneos— cayó (véase su libro *Manual de Espumas*) en un mecanicismo lejano del espíritu maestro. Juan Larrea, tal vez el más grande poeta de España en este siglo, no pasó de producir hermosos poemas, hasta que, siguiendo por fin su propio temperamento, pudo dar en su *Obscuro Dominio* —donde restos exteriores de influencia huidobriana no perjudican el conjunto y el tono — gran parte de su extraordinario vigor lírico. En América, encontramos diseminada, pero no por ello menos presente, la influencia de Huidobro en la poesía contemporánea. Así como hasta en el último rincón de la provincia chilena el anónimo dibujante, al ilustrar la revista liceana, sin saber incurre en formas que sin Picasso no habrían existido jamás, así, hasta el último poeta, sin querer, sin conocerlo directamente tal vez, incurre en huidobrismo. Y es que, en cierto sentido, (en Chile, desde luego), todo lo nuevo en técnica poética.

se debió a Huidobro, ya sea por su poesía misma, o porque lo moderno europeo llegó a estas tierras a través de su obra. Fué por su intermedio cómo arribaron a este querido país mío —donde los más grandes poetas de la lengua se han dado— las preocupaciones y la sensibilidad que hizo nacer la revolución estética universal desatada en París alrededor de la Guerra del 14. En especial, aparte de algunos poetas mexicanos (4), son dos o tres poetas argentinos —los más altos y finos de su patria— los americanos que aparecen más directamente influenciados por el poeta de *Ecuadorial*: me refiero a Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo y Francisco Luis Bernárdez. En estos poetas, principalmente en lo que se refiere a Bernárdez, sucedió más o menos lo mismo que hemos dicho de Larrea. En Chile, del grupo que Huidobro formara en los primeros años, sólo merece mencionarse el nombre de Ángel Cruchaga Santa María —quien escribió algunos poemas creacionistas en la revista *Creación* y luego siguió por otros caminos más personales— y el de otros menores. Es en su último regreso de Europa (1933), cuando Huidobro ejerce su más valiosa influencia. A su llegada, se desatan las Ferias de Arte, las Exposiciones. Saltan al público los pintores, hasta entonces desconocidos, María Valencia, Gabriela Rivadeneira, Waldo Parraguez, Jaime Dvor y, más tarde, Carlos Sotomayor. Exponen, por primera vez, en diciembre de ese año, apadrinados ante el escándalo de unos, la curiosidad y sensibilidad de otros, por la prestigiosa voz de Huidobro, quien los declara como “lo único digno de tomarse en cuenta en estos países”. María Valencia presenta hermosos cuadros creacionistas donde la gracia del color y la forma dan una nota jamás oída por el ojo anti-musical de la tradición pictórica; algunos de sus temas están directamente inspirados por versos del poeta: recuerdo un bello óleo, tomado de un poema de Huidobro, que representa una zebra entrando por un ojo del hombre y saliendo por el otro convertida en arcoíris. Gabriela Rivadeneira presenta cuadros-esculturas hechos en madera, precisos y de una loca matemática; Parraguez planta, ante la concurrencia compuesta de estudiantes, artistas, escritores, médicos y snobs (que siempre sirven para dar el color), sus pequeñas esculturas

hechas en diversos materiales: alambre, vidrio, discos calentados y maravillosamente contorsionados: no olvidaré jamás una *Lucha de Centauros*, que aun posee Huidobro, magnífica de movimiento ("Esto interesaría en cualquiera parte de Europa", decía Huidobro); Jaime Dvor hace los primeros "*papiers collés*", tan sencillos que desconciertan, mientras Sotomayor incorpora materiales tales como el alambre y la arena junto al color de sus óleos. Las reacciones producidas eran insólitas; los jóvenes artistas partidarios del nuevo arte replicaban con frases tomadas de las obras de Huidobro, con afirmaciones estéticas o, simplemente, con un olímpico desprecio. La fecha de esa primera Exposición iba a darles para mucho tiempo el nombre de *decembristas*, con cuyo epíteto los periodistas calificaron desde entonces todo aquello que no entendían ni captaban. Frente a toda esta reacción y ebullición tanto favorable como contraria, los muchachos exageraron no poco su posición "fiera", cuyo tono correspondió exactamente, dentro de las proporciones, al período "*fauve*" francés. Fué tal la boga de dicho arte, que hasta en los *sketches* del Coliseo fué ridiculizado. Revistas y publicaciones comenzaron a aparecer: ahí están, para quien quiera constatarlo, los 4 ó 5 números de la revista PRO, que Eduardo Lira, Jaime Dvor (ejecutores), Volodia Teitelboim, Carlos Sotomayor, María Valencia y otros más, entre los que yo formé, editaban, que dan testimonio de los dones de una generación que iba a rendir mucho con el correr de los años. En efecto, si en algo se probó la potencia de mi generación, fué que (cosa no fácil) pudo aprovechar todas las enseñanzas e influencias del maestro sin viciar en lo más mínimo sus sagradas individualidades y el tono personal de su obra: pues si hay una generación con más diversas personalidades es la nuestra, siendo totalmente injusta la calificación de "huidobrista" con que se quiso adjetivar por igual a todas nuestras realizaciones estéticas. Pero lo que nosotros le debemos a Huidobro no se podrá negar de ninguna manera. El despertó una sensibilidad joven, que iba a responderle admirablemente, e instauró, por otra parte, una dignidad de "oficio" que, antes de él, no existía para los trabajos poéticos. A la indisciplina —desgraciadamente

muy nuestra— opuso el rigor y la inteligencia, a que son tan afectos los artistas e intelectuales europeos. Además, nos dió a conocer lo que se realizaba en Francia y Europa, y que era para nosotros casi totalmente desconocido. Las tertulias y discusiones y lecturas de poemas hasta las 5 de la madrugada en casa del poeta durante cerca de seis años, quedarán en nuestra historia literaria como la última muestra de efervescencia y sensibilidad de este estremecido país. El encanto de aquellos años, el aire nuevo que respiramos durante un tiempo y en el que nuestra propia sensibilidad desconocida tenía participación, no puede ser comunicado en forma tan esqueta como lo pretenden estas líneas. Imaginad, para vislumbrar el aroma de aquel clima, una vida que, desprendida directamente de *Ecuatorial*, *Poemas Articos*, *Altazor* y otras obras poéticas, fuera trasladada mágicamente al tiempo y al espacio cotidianos de estas puras tierras vírgenes.

Libertad e inocencia natural.

Vicente Huidobro es un poeta en "état de nature", bastante salvaje, libre, puro y elevado. Son los versos de su *Ecuatorial*, con que inicia el poema: "Era el tiempo en que se abrieron mis párpados sin alas — Y comencé a cantar sobre las lejanías desatadas" los que dan el tono a toda esa primera etapa de su poesía (*Tour Eiffel*, *Hallali* (poema de la Guerra), *Poemas Articos*). Es conciso en la emoción, preferentemente visual, tal vez por su primer aprendizaje estético hecho con uno de los tres genios del cubismo pictórico, Juan Gris, a quien Huidobro debe verdaderamente su formación. Me vienen versos a la memoria, versos que recrean para mí toda la atmósfera, esa misma atmósfera que está tan bien captada en el retrato —lo primero que conocimos de Huidobro— que Picasso dibujara de su rostro, de su mirada llena de fuego creador: "El Capitán Cook caza auroras boreales en el polo Sur", o "La luna nueva con la jarcias rotas — ancló en Marsella esta mañana", o "Al pasar arrojé al Sena un ramo de flores — Bajo sus puentes el Sena se desliza — Y en mi garganta un pájaro ago-

niza", o "Las ventanas cerradas — Y algunas decoraciones deshojadas — La noche viene de los ojos ajenos — Al fondo de los años — Un ruiseñor cantaba en vano — La luna viva — Blanca de la nieve que caía — Y sobre los recuerdos — una luz que agoniza entre los dedos", o "Aspirar el aroma del Monte Rosa — Trenzar las canas errantes del Monte Blanco — Y sobre el cenit del Monte Cenís — Encender en el sol muriente — El último cigarro", o "*Tour Eiffel, guitare du ciel*" (Torre Eiffel, guitarra del cielo) y tantos otros hallazgos que no tienen paralelo en la poesía como pureza y simplicidad. Es una poesía directa, sensorial, anti-inteligente, anti-afectiva; es el poeta en estado puro, el hombre cuyos ojos lavan el mundo que miran; el poeta tal como nos lo podemos imaginar en los albores de la creación. Tal vez Huidobro no ama al mundo, no lo ama tal como aparece hoy, nuñlado como está por las repetidas insistencias en el Pecado Original: su poesía resplandece, no porque ilumine el interior del mundo pecador, sino, al contrario, porque lo traspasa de tal manera que, semejante a rayos X, se nos aparece en sus versos en su íntima contextura paradisiaca, resplandeciente de angelidad, transparente de verdad in-humana.

El gran pecado.

Con una imaginación de la potencia de la de Huidobro, tal poesía — producida en un medio super-intelectual, como fué el de la cultura occidental en los momentos de la irrupción de esta verdadera fiebre del espíritu que fué el movimiento artístico moderno — no podía quedarse en algo así como un estadio contemplativo, donde los sentidos son puros y admiran sin perturbación la obra del Creador. Y por ello el hasta entonces especie de San Juan de la Cruz ateo que fué Huidobro en sus primeros libros, se transforma en un voluntarioso en cuya obra, siempre genial, y en cuyo ánimo — ahora encauzado en eso que pronto iba a llamarse Creacionismo — el más agudo intelectualismo iba a tomar cuerpo.

La primera inocencia huidobriana se perdió en el instante mismo en que el poeta tomó conciencia de ella, y, con mucha mayor razón, cuanto que trató de enfren-

tarla a Dios en calidad de virtud por sí misma divina: claro está que tomó otro nombre, cual fué el de "virtud creadora" ("El poeta es un pequeño Dios", Huidobro). Si bien es en *Manifestes* donde teoriza su actitud, se advierte, como hemos dicho, en sus libros anteriores el germen de tal soberbia humana. A la inocencia sensorial encantatoria de los primeros poemas sucede poco a poco una poesía en la que la "voluntad de crear" manifiesta sus diamantes. Primero son los versos de ese arbitrario, multiforme poema llamado *Altazor*, en que el estilo se desarticula por completo, logrando a menudo los más diversos tonos imprevistos, encontrando a cada paso tesoros que descubre con la punta del pie o con la punta del ojo, poesía rica de pedrerías, imágenes (Huidobro es de lo más brillante en la imagen que haya producido la poesía universal), colores y melodías: se parece a veces a esas estampas orientales, a grabados, a telares valiosos, a bordados florentinos: a todo lo que sea rico y lujoso, sencillo y esquisito. Es también su libro *Automne Régulier*, en que se advierte su posición frente al Creador, mezclada todavía a la primitiva inocencia sensorial: "L'horizon à l'horizon se lasse — Et ma tête blanchit de moutons qui passent" (El horizonte en el horizonte se hastía — Y mi cabeza emblanquece de corderos que pasan), "L'océan se défait — Agitée par le vent des pêcheurs qui sifflent" (El océano se deshace — Agitado por el viento de los pescadores que silban), "L'été tout d'un coup sur le trottoir d'en face — Du côté de l'ombre le vent passe — Nous sommes assis autour d'une voix — Un oiseau de chaleur se pose sur ton doigt — Tandis que les pêches se gonflent sourdement" (El verano de pronto sobre la acera de enfrente — Por el lado de la sombra el viento pasa — Nosotros estamos sentados en torno de una voz — Un pájaro de calor se posa sobre tu dedo — Mientras los duraznos se hinchan sordamente). Ya se advierte la imagen creada con el ánimo expreso de oponer al mundo "real" otro que sea obra del hombre mediante sus propios medios. Tanto se hace notar esta posición extrema del orgullo huidobriano que hemos formulado, que no titubeamos en asimilarlo a la etapa máxima del antropocentrismo ateo, en

cuya historia aquel grito de Voltaire, con motivo del terremoto de Lisboa ("Protesto por este desacato de la Naturaleza"; aun escribían —oh contradictoria desesperación— naturaleza con mayúscula), señala el máximo de soberbia antropocentrista. Huidobro opone su poesía al mundo "real"; esto es tanto más notable en los párrafos en que se refiere al poema creado, en especial a lo que él llama "descripción creada", como quien dice, paisajes inventados por el poeta. Un ejemplo es el anotado líneas más arriba: "L'océan se défait — Agitée par le vent des pêcheurs qui sifflent". El océano se deshace, pero no por el viento del cielo o de la tierra, sino por el silbido de los pescadores. He ahí una situación creada, totalmente inventada por el poeta. Esto no sucede, pero ¿por qué no podría suceder?

Pero es preciso considerar *Tout a Coup* (De Repente) y *Altazor*, para ver a Huidobro en todo su esplendor creacionista. Aun recuerdo cómo los muchachos, por allá por los años 30 y siguientes, entre las notas de la danza de "Petrouschka", de Strawinsky, leíamos en alta voz los versos del único ejemplar de *Altazor*, que ostentaba en su portadilla el retrato de Huidobro hecho por Picasso, en cuyo prefacio el poeta preparaba con sus maravillosas imágenes la entrada a ese nuevo mundo que presidían los tres artistas: el pintor español, el músico ruso y el poeta chileno. Recuerdo que el poeta conversa con la Virgen sentada en una rosa y cuya aureola "está un poco saltada a causa del tiempo". Es un libro lleno de gracia y frescura, de una imaginación pocas veces dada en la lengua española, en el que tal vez la demasiada fantasía, al trazar tantos caminos a la poesía y a la estilística hispana, le impiden a él mismo dedicarse e insistir en una sola profundidad: su imaginación dispersa sus propias energías. No obstante, algunas direcciones estéticas de *Altazor* fueron después aprovechadas por Huidobro en obras ulteriores (fuera de que ese extenso poema constituyó y sigue constituyendo una fuente inagotable de riquezas poéticas al natural). *Tout a Coup* —anterior en publicación, pero posterior en su cronología poética— nace de algunos versos de *Altazor*;

lo mismo podemos decir de *Hasta Luego (Au Revoir)* y *El Ciudadano del Olvido*. En cuanto a *Tout a Coup*, es una de las obras que más íntimamente place a Huidobro como búsqueda y realización: le agrada cierta rigurosidad geométrica de sus versos e imágenes. Este rigor, en el que hice hincapié en mi charla sobre "Poesía y Tiempo", dictada en 1940 en la Universidad Católica, al analizar el poema de *Au Revoir*, "Contacto Externo", puede ser probado y analizado con precisión casi matemática. Yo mismo lo hice respecto al poema referido. Dije que ese poema establecía el contacto entre el hombre y el mundo y que esta tesis estaba formulada en los versos finales: "Hay que saltar del corazón al mundo — Hay que construir un poco de infinito para el hombre". Estos versos daban la clave. Examinemos rápidamente este poema: "Mis ojos de plaza pública — Mis ojos de silencio y de desierto — El dulce tumulto interno — La soledad que se despierta — Cuando el perfume se separa de las flores y emprende el viaje — Y el río del alma largo, largo — Que no dice más ni tiempo ni espacio: — Un día vendrá — Ha venido ya — La selva forma una substancia prodigiosa — La luna tose — El mar descende de su coche — *Un jour viendra est déjà venu* — Y yo no digo más ni primavera ni invierno, — Hay que saltar del corazón al mundo — Hay que construir un poco de infinito para el hombre". Nótese el contacto establecido entre hombre y mundo, notando los conceptos "humanos" por un lado, y los del mundo "exterior" por el otro

HOMBRE.

MUNDO.

Ojos
Ojos
interno
despierta
emprende el viaje
alma
dice
vendrá, ha venido ya
tose

plaza pública
silencio, desierto
tumulto
soledad
el perfume
río
tiempo, espacio
un día
la luna

desciende de su coche	el mar
<i>viendra, est déja venu</i>	<i>un jour</i>
digo	primavera, invierno
corazón	mundo
hombre	infinito

Durante todo el transcurso del poema, y eso ocurre en *Tout a Coup* a menudo, se agranda el mundo humano mediante la imagen cósmica, y se humaniza y domestica el cosmos inmenso al ser relacionado con las cosas humanas y próximas al corazón. Esta clase de búsqueda la encontramos desde sus primeros libros: "Encender en el sol muriente el último cigarro", "El viento que pasaba — Amontonaba sus lágrimas — Entre las nubes — Mojadas de mis lágrimas", "El sol nace en mi ojo derecho y se pone en mi ojo izquierdo", "El tifón despeina las barbas del pirata", "Los veleros que parten a distribuir mi alma por el mundo", etc. Este intento técnico-metafísico es incluso formulado en *Altazor*, a poca distancia del verso últimamente citado: "Tanta exaltación para arrastrar los cielos a la lengua — El infinito se instala en el nido del pecho". Otra relación metafórica muy típica en Huidobro es la que establece el acorde Abstracto-Concreto y vice-versa. Ejemplos: "En mi memoria un ruiseñor se queja", "Voy andando a caballo en mi muerte — Voy pegado a mi muerte como un pájaro al cielo — Como una fecha en el árbol que crece", "Una hermosa mañana, alta de muchos metros", "Plantar miradas como árboles — Tocar heliotropos como una música — Exhalar alondras como suspiros — Dibujar corderos como sonrisas" (estos cuatro últimos versos citados están tomados dispersamente, no en el orden que tienen, del Canto III de *Altazor*), "Solo como la pluma que se cae de un pájaro en la noche", "El hombre solitario como la campanada de la una", "L'été tout d'un coup sur le trottoir d'en face", "L'océan est vert de tant d'espoir noyé", "J'ai vu l'amour et le cheval antique", "L'arbre de la tendresse", "Il est aussi joli que soixante metres d'eau", "Nos yeux sont des bouteilles — Vidées a chaque regard", "Il y a des morceaux d'âme sciés par mon violon", "Au bord intact du silence . . . — Je chauffe mes mélodies

et mes pieds", "Et l'émotion ondule sur les artères du vent", "Quand tu lèves la main — Chargée des calories vers les nuages extrêmes — Tu ressembles au mot soudain". "C'est l'heure où les poissons attentifs comme des fruits de patience — Écoutent descendre le temps au fond de l'eau", y este verso genial, donde el acorde entre abstracto y concreto llega a la perfección: "*Le calme est plein de laines de mouton*". Como poema ejemplar de la clase de imágenes a que me estoy refiriendo, tenemos esa bellísima "Canción del Huevo y del Infinito", en donde se realiza, no sólo a imágenes dispersas, sino en visión de conjunto, la integración del mundo "ideal" y del mundo de las percepciones, o sea, más o menos lo que hemos designado con el nombre Abstracto-Concreto. (Traduzco literalmente los versos anteriormente citados: "El verano de pronto sobre la acera de enfrente", "El océano es verde de tanta esperanza ahogada", "Yo he visto el amor y el caballo antiguo", "El árbol de la ternura", "Es tan bonito como sesenta metros de agua", "Nuestros ojos son botellas — Vaciadas a cada mirada", "Hay trozos de alma aserrados por mi violín", "A la crilla intacta del silencio . . . — Caliento mis melodías y mis pies", "Y la emoción ondula sobre las arterias del viento", "Cuando tú levantas la mano — Cargada de calorías hacia las nubes extremas — Te pareces a la palabra *soudain* (de repente, de súbito)", "Es la hora en que los peces atentos como frutos de paciencia — Escuchan bajar el tiempo al fondo del agua", "La calma está llena de lanas de cordero").

La "voluntad de crear", exacerbada con un control consciente agudo aparece formulada en sus múltiples manifiestos estéticos por fin reunidos en sus *Manifestes* (París, 1925). Allí escribe: "Os diré lo que entiendo por poema creado. Es un poema en el que cada parte constitutiva y todo el conjunto presentan un hecho nuevo independiente del mundo externo, desligado de toda otra realidad que él mismo, pues toma lugar en el mundo como un fenómeno particular, aparte y diferente de los otros fenómenos". "Es bello en sí y no admite términos de comparación. No puede concebirse en otra parte que en el libro. No tiene nada de semejante con el mundo

exterior; hace real lo que no existe, es decir, se hace él mismo realidad". "Crear un poema, tomando de la vida sus motivos, transformándolos para darle una vida nueva e independiente". "Nada anecdótico ni descriptivo. La emoción debe nacer de la sola virtud creadora. Hacer un poema como la naturaleza hace un árbol". "El arte es una cosa, y la naturaleza, otra; amo demasiado el arte y amo demasiado la naturaleza. Si aceptáis las representaciones que un hombre hace de la naturaleza, eso prueba que no amáis ni la naturaleza ni el arte". "Hay que crear. He aquí el signo de nuestro tiempo. Inventar es hacer que cosas paralelas en el espacio se encuentren en el tiempo, o vice-versa, presentando, así, en su conjunto un hecho nuevo (El salitre, el carbón, el azufre, existían paralelamente desde el comienzo del mundo; hacía falta un hombre superior, un inventor que los hiciese encontrarse, creando así la pólvora, la pólvora que hace estallar vuestros cerebros, como una bella imagen"). "El poeta no debe ser más un instrumento de la naturaleza, sino hacer de la naturaleza su instrumento". "Un poema es un poema, tal como una naranja es una naranja; y no una manzana . . ." "Vosotros encontraréis allí lo que nunca habéis visto en otra parte: el poema. Una creación del hombre". A lo largo de *Manifestes* el poeta formula su orgullo creador. A la manera de los descendientes del Renacimiento (Voltaire, por ejemplo), Huidobro vuelve a postular el dualismo original, (que se quiso resolver en una integración a la manera pagana), de Hombre versus Naturaleza; pero, habiendo perdido, como el propio Renacimiento, la ligazón con el Creador, tal solución no fué posible, y así como en Voltaire se resume en la frase, plena de ira impotente, "Protesto", en Huidobro, gracias a su temperamento artístico superior, se trueca dicha desesperación en el ejercicio, casi sin finalidad, enloquecido, de la virtud creadora, de la imaginación inventiva.

Si a tal teoría estética no hubiera ido aparejada una poesía de gran potencia emotiva, nada de interesante tendría; pero lo cierto es que el padre del Creacionismo crea con tal propiedad y fuerza, que es imposible desentenderse de su proyección ética.

Habiendo partido de una inocencia sensorial que da su tono inconfundible, no parecido a ningún otro poeta (me place compararlo a San Juan de la Cruz, con la diametral oposición siguiente: Huidobro crea un mundo antropocéntrico ateo, en donde, primero los sentidos, luego la inteligencia —bases materialistas— edifican un puro canto iluminado (¿iluminado por qué, si él no reconoce otra gran fuerza que el hombre mismo?), llega, por una progresión inventiva, a construir un mundo casi monstruoso y, a la postre, demasiado *inhumano*. Y es que Huidobro no ama al mundo como es: primero lo limpió con sus sentidos de niño; luego, al propio mundo creado por él en su poesía, no le insufló amor: como un padre que sólo se contentara con procrear hijos y no les diera sustento: quedando, en última instancia, con un solo resultado, que parece ser la esencia de su poética: el acto de crear, el ejercicio desesperado de inventar, de probarse y contemplarse a sí mismo en la virtud creadora. Con esto, la obra creada, como resultado, logra un aspecto verdaderamente demoníaco: pues, maravillosa de inventiva, de cantidad y diversidad de hallazgos, carece de afección amorosa, lo que la hace aparecer tan rica y pobre, tan grandiosa y desamparada, a la vez, del amor de Dios. No erró el poeta surrealista Benjamín Péret, al calificar a Huidobro de “maníaco de la invención”. No debe extrañarnos que dicha manera de crear, nacida de una inteligencia occidental (en esto Huidobro es muy europeo) exacerbada, haya producido una profunda impresión en Estados Unidos, en donde a Huidobro le han dedicado extensos estudios, siendo digno de destacar el del profesor Alfred Holmes, aparecido con el título de “*Vincent Huidobro and the Creationism*”, editado por el Instituto de Estudios Franceses de la Universidad de Columbia, volumen en el que se estudia la obra huidobriana, su teórica y su poesía. (5)

En la civilización racionalista, que tiene en Estados Unidos su más alto exponente joven, por sobre la sabiduría espiritual del Hijo y el Amor del Espíritu Santo, se ha colocado el Poder creador del Padre. En Huidobro también, con una fuerza e inventiva geniales, el vínculo entre las Tres Personas ha sido negado, logrando como

resultado una creación monstruosa, bellísima y unilateral. Es un caso único en la poesía universal.

La prosa huidobriana.

La prosa de Huidobro ha recibido también la influencia de su poética creacionista. Dentro de su obra en prosa, hay que destacar *La Próxima* ("Historia que pasó en poco tiempo más"); *Cagliostro*, novela film; *Mío Cid Campeador*, hazaña; *Gilles de Raiz*, pieza de teatro, y *Sátiro*, o *el Poder de las Palabras*. *La Próxima* es una visión que el poeta tiene de la próxima guerra, una profecía, escrita con una fuerza por momentos dantesca. Nadie olvidará jamás la petrificación de París, ese espectáculo desolado e inerte, ese paisaje de sueño atroz, en el que la vida, más humana que en ningún lugar de la tierra, aun bullía: las calles de París, llenas de humanidad, con virtudes, con vicios, con rostros, con maneras, como personas, calurosas o frías, tercas o amables, pequeñas o grandes, vergonzosas o desfachadas, en fin: en las páginas de *La Próxima* aparecen con tal profundo calor retratadas, que bastarían ellas solas para derrumbar de un solo golpe la falsa imputación estética de que Huidobro carece de emotividad. Nunca he leído unas líneas más emocionadas, más simples (una escueta enumeración narrativa), sobre algo tan cotidianamente a la vista de todos. No exagero si afirmo que esas páginas serán insertadas en Antologías y Crestematías como muestra del máximo de emoción lograda con un mínimo de elementos. Pero son *Cagliostro* y *Mío Cid Campeador* (de los que se deriva *Gilles de Raiz*), los que marcan el tono de la prosa huidobriana. *Cagliostro* fué el comienzo de un género que iría a ser más vastamente explotado en su "Hazaña" (así denomina el autor el nuevo género) *Mío Cid Campeador*. En la novela-film, *Cagliostro*, ha sido usada la técnica cinematográfica, no sé si porque fué expresamente escrita para el cine o por la natural tendencia huidobriana a la presentación visual de las situaciones descritas. Llama más que nada la atención en esta novela lo escueto y conciso de la emoción.

Una rapidez vertiginosa no impide profundizar al lector las situaciones, sino que, al contrario, permitiendo la presentación casi simultánea de los diversos episodios de la novela, da en forma certera en el blanco tomando como casi única base técnica la percepción visual. Para explicarnos este fenómeno, remitámonos a lo que hemos dicho de la educación estética de Huidobro llevada a cabo con un pintor y, además, a que, siendo un hombre en muchos aspectos primitivo, Huidobro es un individuo casi exclusivamente sensorial, y, como es lógico, visual, ya que la vista es el primero de los sentidos. *Mío Cid Campeador* renueva totalmente la leyenda y la historia del héroe. No he leído en idioma castellano una obra de mayor imaginación. Las situaciones se suceden unas tras otras sin agotar jamás los recursos, con una libertad que sin su imaginación habría sido un arma de más, con una soltura espantable. Por su parte, el estilo mismo sufre las consecuencias: cígámoslo así, concediéndoles un poco a los académicos: pero establezcamos bien claramente que, a pesar de haber sido aceptados barbarismos y neologismos de toda suerte, su estilo es lo más español en su esencia. ¿Por qué ocurre tal prodigio? Es curioso, pero no hay más que constatarlo: ninguno de esos recursos "castizos", tan empleados por los escritores que "escriben bien", ha sido usado. Muy al contrario: en un lenguaje que no podemos menos de calificar de americano, se ha escrito una obra que retrata al Cid en su más poderosa contextura. Es el lenguaje que debe corresponder a una figura ruda y ancha como la del Cid: elevando su gesta con una voz primitiva como la de los siglos 10 y 11 ibéricos, pero cantada por una garganta americana acaso semejante a esa época. Huidobro ha creado la primera obra que con propiedad merecería llamarse hispano-americana. Lejos quedan las academias y la retórica almidonada que hicieron gritar de asco a los primeros rebeldes de la poesía española contra la "literatura" y la "archiliteratura". En "Mío Cid", la lengua castellana recupera la fortaleza del Arcipreste, la gracia de Gonzalo de Berceo, enriquecida por cierto con una imaginación comparable a Quevedo, a Góngora, a Lope. No habíamos leído una obra tan hermosamente desorbi-

tada e insólita en sus movimientos, escenas y desenlaces. Es, como dijo el *Times* de Londres: "Algo nuevo bajo el sol". Por sobre la realidad "realista", en *Cagliostro*, como en el *Mío Cid* y *Gilles de Raiz*, la realidad poética determina los hechos. Estos libros constituyen su trinidad de creaciones en prosa, que, aun prescindiendo de su obra poética restante, bastarían para colocarlo en un puesto privilegiado de la poesía universal. ¡Qué bellas, prodigiosas son! Apoyándose en la vida de dos magos (*Cagliostro* y *Gilles de Retz*) y de un héroe (el *Cid*), Vicente Huidobro ha levantado para él mismo un monumento de taumaturgo, cuyo epitafio grabará como su más querida aspiración espiritual, en el verso de su gran poema *Altazor*: "Aquí yace Vicente, anti-poeta y mago".

NOTAS

(Este pequeño ensayo es una ampliación de las anotaciones que el autor hizo en su Prólogo a la 2.^a Edición Zig-Zag de "Cagliostro", novela-film de V. Huidobro).

(*) Vicente Huidobro. Nacido en Santiago de Chile el 10 de enero de 1893. Su obra poética está escrita, parte en español y parte en francés, y es en París donde junto a los más grandes creadores del movimiento artístico moderno desarrolló lo más valioso de su aporte a la poesía universal. Vivió allí por espacio de cerca de quince años, y su casa fué centro de la ebullición de artistas de la talla de Juan Gris, Jacques Lüpchitz, Pablo Picasso, Robert Delaunay, Max Jacob, Hans Arp, Tristán Tzara, Juan Larrea y tantos otros venidos de todos los rincones del mundo. Sus libros han sido ilustrados por Juan Gris, Robert Delaunay, Pablo Picasso, y escribió una obra en colaboración con el pintor y poeta alemán Hans Arp, editada en Chile por Zig-Zag: **Tres Inmensas Novelas**. Este, Picasso y Gris, han hecho su retrato. El año 26 hizo su segundo viaje al París aun constelado de artistas. Ha viajado por los principales países del mundo, y su influencia humana y estética, llevada a cabo con el ejemplo de su vida vibrante y fogosa, se ha ejercido especialmente en España y América. Sus obras han sido traducidas al inglés, alemán, sueco y otras lenguas, sus poemas figuran en las mejores antologías de Europa, siendo considerado en muchas como poeta francés. "Cagliostro" fué solicitado por el célebre actor cinematográfico Iván Mosjouskine, y, a su vez, su "Mío Cid Campeador" fué pedido por Douglas Fairbanks padre, amigo de Huidobro, para ser protá-

gonizado por él. Ha ocupado, *ad honorem*, cargos diplomáticos de su patria ante países europeos. Su vida política, exaltada, sincera y viva de pasión, ha sido sólo una muestra parcial de su espíritu creador, inquieto y revolucionario. Fuera de su benéfica influencia estética directa, la radiación espiritual que se desprende de su misión de hombre y poeta ha sido principalmente captada por las jóvenes generaciones, que fueron las primeras en acercarse a él: y es así como, en una frase que quiso ser mordaz, un crítico chileno le dió el bautizo más emocionante para el siempre joven poeta americano: "Decano de la juventud". Actualmente vive en Chile.

(1) "No hace mucho el poeta catalán Jaime Miratvilles nos decía en París que Vicente Huidobro, Tristán Tzara y Paul Eluard eran, indiscutiblemente, los poetas más importantes de hoy. Esta misma afirmación la hemos leído varias veces y nos parece evidentemente justa. Ellos forman la trinidad de los grandes poetas modernos". (De **Demetrius**, "Los Nuevos", 1928).

(2) Gerardo Diego apunta: "Sus magníficos libros franceses **Horizon Carré**, **Tout a Coup** y **Automne Régulier**, los más bellos libros de la nueva poesía. Los viajes de Huidobro a España (sobre todo su estancia en Madrid en 1918) significan en el panorama de la poesía española algo parecido a lo que representaron en su tiempo, hace treinta años, los de Rubén Darío, no menos discutido y negado que Huidobro en aquellos días".

(3) Sobre su americanidad, transcribo estas líneas, que confirman algo de lo que afirmo, aunque su interpretación sea diferente: "Nosotros no aceptamos la posición nacionalista o americanista para defender al poeta chileno, posición de pugna contra el europeo y especialmente contra el español como hemos advertido en muchos ensayos sobre el particular, ensayos que podrían concretarse en ciertas frases de la revista mejicana "Horizonte", que decía que los jóvenes poetas saben lo que deben a Huidobro, el cual puede estar seguro que la envidia de un europeo no hará nunca que se pierda su contribución al despertar de nuestras tierras y que sus enemigos no son más que periodiqueros". (De **Demetrius**, "Los Nuevos", 1928).

(4) El poeta mexicano Germán List Arzumbide escribe: "Hombre contradictorio, juventud tempestuosa, embriagó al mundo de locura, y el espíritu desequilibrado y radiante de América fué en el verso de Huidobro el milagro de las bodas de Canaán: en el vaso donde los escritores bebían vulgarmente su agua, subió como una aurora el vino rojo. Su nombre señala ya una nueva vida: antes de Huidobro, después de Huidobro; y su lírico influjo va de España a Rusia como la buena nueva de la más estupenda subversión".

(5) Por su parte, Samuel Putnam lo incluye en su Antología y Craig le dedica a él solo mayor número de páginas que al resto de los poetas europeos contemporáneos.

LEYENDA DE LA PRIMERA LLUVIA

I.

La montaña.

Más allá todo es oscuridad y misterio, los hombres de corazón diáfano y alma ingenua, aquéllos que año tras año arado en mano prenden la llama verde y pagan su tributo de sudor y cansancio a los terrones oscuros, así lo aseguraban.

La montaña se yergue desafiante en su meridiano de silencio.

Coloso inmóvil de perfiles recios, en la gruta del aire sus lamentos de hembra estéril.

La montaña altiva, gris y áspera suele mirar al valle con sus profundos ojos de granito y en su seno de hirsutos matorrales una muda protesta palpita, surge y clama al contemplar los hombres que se alejan volviéndole la espalda.

Senderos desconocidos galopan en sus flancos sinuosos trazando rutas invisibles que agonizan al pie de los barrancos.

Clarínada de espacios húmedos cruzan la aurora de su cielo brindándole sudario de esperanzas.

La montaña es un reto y una súplica, mejor dicho aún, es un reto hecho súplica; con sus descarnados brazos siempre abiertos parece amenazar cuando sólo lamenta su soledad.

Mañ, cual bufón que oculta en la penumbra su figura grotesca y ridícula y expande su corazón en el anónimo silencio de las sombras, así también la montaña, cuando la noche llega, sátiro de lo máximo y lo mínimo, vibra de alegría en su libertad de rasgos pasivos y plenilunios extáticos.

II

Tono menor.

Los últimos resplandores del crepúsculo resbalan lentamente perdiéndose en el callejón del horizonte.

El valle se ha cobijado en la bruma del ensueño y descansa elevando una soledosa plegaria de paz.

Vuelven uno a uno los labradores combados por el cansancio con la mirada sobre los surcos de líneas caprichosas que huyen bajo sus pies toscos y rudos hundiéndose en la lejanía.

Aun quedan enredados entre las ramas de los árboles, girones de sol y luz, pero en su soledad infinita pierden el mágico encanto del conjunto cual palabras aisladas de un poema grandioso.

Muere el día, sangrando cae sobre el lomo de la nada con un puñal de sombras clavado en la frente y otro puñal de estrellas incrustado en el pecho.

Es la hora de los hechos extraños y maravillosos.

La vida se detiene en un recodo del tiempo, allí dormirá su sueño de aldeana sencilla hasta que venga nuevamente el alba a anidar en sus muslos cantarinos.

Es un día menos, es decir, un día más que se aleja vacilante a las vagas regiones del pasado.

La tierra de faz bronceada, la tierra de faz curtida surcada de grietas, acariciada por el susurro de la brisa escurreándose queda entre las hierbas silvestres, se entrega desnuda en brazos de la noche, y el amante de siempre se yergue ya en lontananza para ejercer su rito negro.

III

El águila.

Rasgaba el aire con espadas negras, donde el espacio coagulaba sus instantes, el águila hiciera su nido.

Aquel día nervioso y ágil sobre una saliente rocosa de la hosca montaña hundía la mirada, ascua de fraguas ensordecidas, en las brumas inciertas del crepúsculo que se insinuaban en lontananza con matices cada vez más oscuros.

Sus garras, agudos garfios grises, se crispaban en la corteza de un viejo tronco tumbado en tierra por el tiempo y con las alas plegadas y la cabeza erguida, satélite de constelaciones ásperas, presentía el instante en que impulsado por nuevas sensaciones emprendería su vuelo vespertino a través de los litorales del cielo y las playas del horizonte donde van a confundirse con las arenas de la noche las olas de la luz.

Allí en su inmensa soledad de alado asceta, rondará los castillos azules de la atmósfera y apaciguadas ya sus ansias

en una orgía de raudas ascensiones, ha de volver cuando las sombras imperen sobre el cielo para dormir su sueño soledoso en lo más profundo de la montaña.

El águila se erguía desafiante, consciente de sus fuerzas templadas en el yunque de aquellos agrestes parajes. Sus ojos inquietos, preñados de espléndidas visiones recorrían el paisaje silencioso cuando tropezaron en algo que nunca llamara su atención hasta aquel entonces y que atrajo poderosamente su mirada.

IV

La nube.

Era una nube anclada en el espacio, una extraña en aquella tarde estival en la que el cielo se mostraba radiante y espléndido.

El águila en sus vuelos por las regiones de las distancias azules mil veces columbrara aquellos cuerpos vaporosos, pero su altiva mirada nunca se posara más de un instante en sus formas indecisas.

Sin embargo, aquella vez no era una nube vulgar que paseara fugaz su silueta gris para perderse luego en la lejanía.

Nimbada por los postreros rayos del sol agonizante, rojos suspiros de varón impotente, mecida levemente por la brisa que en su guitarra de plata entonaba al infinito suaves cántares de tierras extrañas, en su litoral de cardos tronchados y amapolas triunfantes, la nube cual farolillo mortecino de un callejón de penumbras, suspendida en el umbral de la noche, víctima en holocausto en el severo altar de su soledad se contemplaba en el cristal de su tristeza cambiando lentamente su túnica rosada por un oscuro manto.

El águila tendió a través del espacio la red de su inquieta mirada y sus ojos profundos e implacables se dulcificaron, amaneciendo lentamente en una nueva expresión.

Nuevas ansias surcaban en su rudo corazón de hosco anacoreta estremeciendo las fibras más íntimas de su ser, y nuevas ansias cual brazos gigantescos, extendieron sus alas y veloz cual el viento hermano del invierno, se remontó en vertiginosa ascensión por las sendas desconocidas del anchuroso cielo, que crecía a lo largo de las distancias.

Recio bergantín de negras velas, avanzaba veloz, iban quedando atrás rezagadas en la paz del atardecer la humilde silueta del valle cantarino y la mole imponente de la gris montaña que recortaba amenazadora el horizonte cual si quisiera resguardar al heraldo de su soledad.

El águila cruzaba a través de las celestes llanuras del espacio, enredadas en el aire las brillantes alas, ávida la mirada, en pos de nuevas latitudes.

La noche anidando ya en el lecho cristiano de los cielos extendía voluptuosa sobre el mundo sus gasas ensortijadas de estrellas titilantes.

En lontananza, sumida en la quietud del plenilunio extático e íntimo, la nube cobra nuevos matices y formas que acentúan su diáfana hermosura. Acariciada por los pálidos rayos de la luna, pajecillos de nácar, parece no haber percibido la presencia del águila que deslizándose levemente se aproxima arrullada por su ensueño.

Aspera es la ascensión y largas las rutas que han ido quedando atrás, los acerados puñales de la distancia se hunden en su cuerpo y roban el vigor de sus alas potentes. Ascien- de siempre, pero no es ya su vuelo ágil y rápido, ni nerviosa la mirada de sus ojos profundos, las mallas del cansancio le envuelven lentamente, entorpeciendo su marcha, meridianos de sombra se agolpan en su senda, y el aquilón nocturno precipitándose en una danza diabólica fustiga el espacio con sus látigos implacables.

La nube inmóvil aun en la lejanía acoge en su blanco seno al lucero de la noche y se inicia en suaves coloquios

El águila siente que sus ojos se tornan vidriosos y los movimientos de sus alas bruscos y entrecortados, sin embargo sigue ascendiendo solitaria, perdida en el inmenso océano del cielo, en el horizonte surgen de las penumbras las estrellas, escollos luminosos de la noche, y los duendes del silencio poblado de imágenes, se entrecruzan fugaces hundiéndose en la oscuridad.

Cual fúnebre sinfonía, la luna envía a la tierra caravanas de luz y los rayos resbalando a lo largo de los precipicios van a morir a las quebradas erizadas de pétreas agujas, sepulcros ignorados en el corazón de las siniestras montañas.

Son los últimos preludios de la tragedia, el drama se desarrolla sin testigos en el umbral del infinito. Repentinamente

todo gira a su alrededor, por un momento en esa rauda transposición de mundos la nube ha pasado muy cerca, casi rozando su brillante plumaje, y luego nada, sólo un cuerpo que en vertiginosa caída rasga el aire con las alas aun desplegadas en un postrero e inútil esfuerzo.

Allá abajo se insinúan indécisas las cimas y precipicios de la madre tierra!

V

Al amanecer.

Tras las últimas montañas que coronaban el horizonte, los primeros resplandores del sol tiñeron el cielo de suaves albores. Fénix renacía de sus cenizas.

Aquí y acullá senderillos de luz se escurrián serpenteando entre las sombras cual callejuelas tortuosas, y lentamente la noche se replegaba por las rutas de nuevos litorales.

Amanecía.

Sobre los terrones oscuros resplandecientes bajo el rocío del alba, el canto de los gallos se elevaba en cristalinas campanadas de paz.

En las alturas, el astro rey en su carro de fuego, pulsando las áureas cuerdas de su mágica lira, derramaba sobre el valle los suaves acordes del amanecer.

Y mientras la campiña recibía con ingenuo y límpido gozo al nuevo día, en las alturas la nube despertando de su éxtasis nocturno se mecía suavemente acariciada por el aura cálida y perfumada.

El valle a través de la distancia se le brindaba diáfano y sereno.

La nube lo contemplaba todo plácidamente. Aquí y acullá entre los sembrados henchidos de doradas espigas se erguían las humildes chozas de paja sobre los surcos fecundos siempre dóciles al llamado del hombre.

Los labradores pasaban silenciosamente rozando los yuyos del camino, dejando en el polvo de la senda la huella de sus pies desnudos; descubierto el pecho, potentes los brazos bajo la tosca camisa, y en el fondo transparente de los ojos reflejada la dulzura del alma.

La tierra se asomaba nuevamente a la vida en su eterno renacer de cada mañana.

Pasaron las horas. La nube dirigiendo una postrera mirada a la campiña se aprestaba ya a proseguir su peregrinaje soledoso cuando allá lejos entre los siniestros barrancos que anidaban en las hoscas montañas una mancha negra junto a la dura roca vino a llamar su atención.

Lentamente y bajo el acicate de la curiosidad pudo ir comprobando que era el cuerpo de un águila sumida en el eterno sueño del cual ya nunca se despierta, y en una congoja sin límites fué recordando el drama de la noche anterior.

La desesperada ascensión del ave, y la fatal caída que apenas si percibiera ensimismada en su coloquio con el lucero de la noche; sólo entonces comprendió la íntima tragedia y una melancolía infinita se cernió sobre su corazón.

Cuando al atardecer la brisa en su alado lenguaje la incitó una vez más a proseguir la marcha, la nube nada respondió, y encerrándose en un opaco mutismo permaneció en medio del espacio velando el sueño del amado.

VI

La primera lluvia.

Y transcurrió aquel día y muchos otros. El sol era cada vez más débil y las tardes más cortas; a medida que el verano se marchaba en su corcel alegría con su alfange de luz y su jubón de flores, iba llegando el otoño, el otoño triste y amarillento.

La tierra se cubría de hojas marchitas, grandes bandadas de pájaros cruzaban el cielo perdiéndose en la lejanía; en su emigración hacia otras tierras formaban la comitiva del príncipe viajero. Los prados desprovistos de sus galas discolores asistían escépticos al sepelio del verano y el paisaje descolorido sumido en el tedio de la inacción languidecía en la bruma.

Largos meses habrían de pasar antes que la primavera se cobijara nuevamente en la ensenada del valle, porque cuentan las viejas crónicas de aquellos tiempos que las nubes oscurecían el cielo con sus gasas y allí permanecían por largo tiempo mirando hacia la tierra mudas y cavilosas.

Una tarde, cuando las penumbras de la noche se agolpaban ya en el firmamento, la nube vió llegar a sus hermanas.

En largas caravanas cruzaban el umbral del horizonte y avanzaban impulsadas por el cierzo nocturno.

Las había de todas las especies, ancianas unas, combadas bajo el peso de los siglos, esbeltas y ligeras las otras, inmensas y de caprichosas formas, frágiles y vaporosas.

Poco a poco fueron reuniéndose en el espacio; después de largo tiempo la nube se hallaba nuevamente entre los suyos.

Suavemente se deslizó la noche, y ahora, una vez más entre sus hermanas sintió que el filo de la melancolía se incrustaba profundamente en su alma, el recuerdo de su pasada soledad y la trágica historia de aquella tarde lejana que, sin embargo, permanecía tan viva en su memoria, volvieron a renacer con mayor fuerza y allí, con voz muy queda, preñada de amargura, les contó su triste experiencia, y resonaron sus palabras en el silencio cual repique de campanas.

Lentamente la emoción fué invadiendo a aquellas ancianas patriarcas del espacio, escuchaban ansiosas de conocer el desenlace que ya presentían y cuando la nube, con voz entrecortada, les relató la vertiginosa caída del águila, en la paz del firmamento surgieron una a una sus lágrimas cayendo sobre la tierra en transparente procesión.

Epílogo.

Al día siguiente, cuando los hombres del valle abandonaron sus hogares, sintieron que algo frío y líquido caía sobre sus hombros y al recoger asombrados las brillantes gotitas en la cuenca callosa de las manos, exclamaron: ha de ser algún arroyo del cielo que se ha salido de su cauce.

¡Era la primera lluvia!

Germán Claro González.



LA AGUJA DEL TIEMPO

● Anda el mundo con la preocupación de la Justicia. Poco Amor, eso sí, pero Justicia, toda la posible. Para hoy y para mañana. Y tal vez para enmendar lo de ayer. Habría que decirle al mundo de hoy lo que le decía Violaine a su prometido, en el drama de Claudel: "Guárdate tu justicia, que Dios tendrá tiempo de hacer la suya". Pero esto es poco, al parecer; y sobre todo, es temible. Porque cuando empiece la Justicia ¿quién será el que pueda decir, defendiéndose: "Yo he sido justo, yo no merezco la justicia?" También podrían ser diseminadas, en volantes lanzados en profusión desde los aviones, aquellas otras palabras que salen en un libro recién publicado en castellano, "El Papa del Ghetto", dirigidas por el Santo Padre a un futuro cardenal: "Hijo mío, la Justicia no existe sino en el infierno; en el cielo está la Gracia y en la tierra la Cruz". Pero estas son galimatías que la gente no quiere oír. Es un problema terrible éste, que por lo general suele ser esquivado. Hasta se alzan voces, más o menos temblorosas, contra el castigo que nos rodea. Parece que ha llegado el momento de negar la existencia de toda idea de justicia. Dicen esas voces: mueren inocentes, son atropellados los derechos, el género humano sufre un azote implacable; es una naturaleza ciega la que se descarga, y no una Providencia, pues ¿qué hemos hecho nosotros para ser tan castigados? Aquí está la peor soberbia, la más digna de castigo; la que no se resigna a darse cuenta de que está sufriendo un daño purificador que merece, o un castigo que era necesario.

● Como estrambote de lo anterior, queramos citar un párrafo de Alfred Noyes, en su ensayo "The edge of the abyss": "La humanidad ha llegado al punto en que la iniquidad en las más altas regiones del mundo político, es aceptada con un encogimiento de hombros, como si sus exponentes vivieran en otro planeta donde estuvieran abolidos los Mandamientos y ya no rigiera la ley de Dios. No ha habido peligro semejante desde que raza emergió de la selva. Porque, aunque en muchas épocas antiguas de la cristiandad hubo gobernantes que se conducían como demonios, el mal era reconocido como mal por la fe y la "philosophia perennis" de la Cristiandad, a pesar de todas las fallas de los instrumentos humanos... Entonces la maldad era el pecado del individuo. Hoy día en los altos lugares de la política, la iniquidad es parte de un credo totalitario, de una filosofía totalitaria, de un totalitario sustituto para la religión".

● Acaba de ser publicada en Buenos Aires una selección de "Pensamientos", de Charles Peguy. Muchos de ellos parecen escritos en la hora presente. No resistimos al impulso de reproducir unos cuantos:

“La revolución será moral, o no será revolución”.

“A menos de ser genial, un hombre rico no puede imaginarse lo que es la pobreza”.

“Yo creía, cuando era chico, que las agrupaciones trabajan. Hoy sabemos que las agrupaciones no hacen obra alguna. Lo que hacen es agitar. Agitan”.

“Los políticos piensan como nosotros de la política; son los primeros en estimarla en lo que vale, es decir, en despreciarla”.

“Seamos inmorales y políticos, dicen, por un minuto solamente, por el minuto presente; después, en seguida podrán ustedes resucitar de nuevo morales e impolíticos. La desgracia está en que nos han dicho lo mismo y nos dicen lo mismo todo el tiempo, sin concedernos un minuto”.

“Una virtud que se ha vuelto rara —la más rara en los tiempos modernos— es la fidelidad”.

¡Pobre Peguy, genial y profético en tantas cosas, anhelante de una fe y de una esperanza, lleno de una visión valiente de los hechos y las personas! El espíritu sopla dónde quiere. Peguy, atormentado por su época, no consiguió llegar del todo, confesionalmente al menos, a esa fe que le exigía algo más de su vida. Raissa Maritain nos cuenta en “Las Grandes Amistades” algo de aquella tragedia en lucha, de la que es de esperar lo deshiciera, en triunfo, el último minuto de misericordia.

● Ha muerto el pianista español Ricardo Viñes. En América, en Chile, particularmente, se guardan cordiales recuerdos de él. Viñes, ya anciano, estuvo oculto en una penumbra de olvido. Pero fué uno de los hombres más importantes de la Europa de principios de siglo. Gran músico, gran ejecutante, intérprete excelente de la música española, amigo de grandes ingenios; en París, fué uno de los hombres más apreciados, de los más escuchados, no sólo en “música”, sino en literatura, en arte, hasta por lo pintoresco y simpático de su manera de ser. Bloy nos lo recuerda, amigablemente, con una de esas caricias del escritor que eran como manotazos, en uno de sus libros. Para muchos, era el mejor pianista contemporáneo. Menudo, con una cara en la que los grandes, largos bigotes formaban un extenso acento circunflejo sobre la sonrisa. Viñes era un tipo inolvidable para quien le conociera y tratara. Hace una escasa década vivió en Chile. Hoy se ha extinguido en su tierra natal, a la que dió larga gloria por todo los ámbitos del mundo, en una época cuya aparente placidez envolvía los primeros ahogos de la gran tragedia.

R. Y. L.

CRISTAL DE LIBRERIA.

“CRISTO - JESUS”, por Rafael Housse. — Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1943.

En estos días, es más que nunca necesario hacer recalcar la realidad de la persona de Cristo en su misión de Redentor. Cada día el mundo habla más de un cristianismo sin Cristo, y la palabra misma de cristiano no es sino un elemento más en cierta propaganda. Por otro lado, la fe tambaleante lucha cada día con más fuerza para reemplazar a este Cristo-Jesús cuyas palabras son espíritu y Vida, por el Cristo-reglamento, que resulta a veces tan pequeño como adaptado a la pequeñez de nuestro propio corazón.

La obra que comentamos tiene un mérito indiscutible: basada en las más modernas obras de investigación nos pone frente al Jesús de carne y hueso, nacido en una cueva de animales, adorado por reyes en una choza humilde de una aldea palestina, y creciendo en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres en otra aldea célebre por la condición egoísta de sus habitantes.

Conocemos a María, la Madre incomparable, no sólo como un símbolo de la pureza ideal y del dolor maternal, sino como una madre humilde trabajando en su casa pobre, desde la mañana hasta la noche.

La soberbia reviste en esta época una forma extraña, pretende reemplazar las realidades objetivas por concepciones subjetivas y construir sobre ellas. Es la obra del hombre necio del Evangelio que edificó su morada sobre arena... Sabemos por San Juan que para conocer que tenemos espíritu de Dios y no del mundo es preciso confesar que El Señor Jesús vino en carne, es decir, que el Verbo de Dios se humanizó realmente por amor y padeció el máximo padecer del hombre. Su doctrina fué Vida y la fuente de la Vida quiso en carne padecer a la muerte y vencerla.

El padre Housse nos ha entregado en su obra al Cristo viviendo en su ambiente y con ello nos ha reintegrado a su realidad en el espacio y en el tiempo. Cristo no es un mito, como Rama, Adonis, Tammuz o Cástor y Pólux, es el Hijo de María, de la estirpe de David que padeció, fué muerto y se levantó del sepulcro; vencedor de la muerte.

Tiene también este libro, a pesar de ser una obra que trata de Jesucristo, un mérito precioso, el de ser escrita para todos en estilo llano y sencillo. Notamos, sin embargo, que el autor, a pesar de realizar una obra científica y de exposición histórica, tal vez llevado de un piadoso fuego, usa de la exclamación exagerando el tono general de la exposición: Hemos leído las obras de Karl Adam y otros escritores católicos cuyas obras están llenas de un indiscutible y ardiente amor

hacia la persona de nuestro Divino Salvador y no usan en su expresión literaria ninguna exageración de esta especie.

Nos queda sólo celebrar esta iniciativa de Zig-Zag que con la publicación de la obra de Housse contribuye con un valioso aporte a nuestra cultura religiosa y que esperamos no sea el único de esta especie. Libros como el que comentamos son utilísimos en los tiempos actuales.

Jorge Fuenzalida Pereyra

**"EL ESPIRITU DEL HOMBRE Y LA VERDAD", por Theodor
Haecker. — C. E. P. A. Buenos Aires, 1942.**

Rara vez el poeta logra el don de poder expresarse como el filósofo sin que un dejo de violencia pase a su obra. Pero en el fondo no le está vedada la frontera de los problemas filosóficos y prueba de ella es este libro de Haecker, una de las figuras más descolantes de la intelectualidad católica alemana. El autor de "Virgilio, padre de Occidente", aborda en esta obra temas netamente filosóficos, sin rigurosa conexión sistemática y en un estilo característico donde el lector debe aprender a adivinar rápidamente, muchos saltos mentales entre principios y conclusiones. Tal vez al especialista en estos temas le parezca hallar repeticiones innecesarias o deducciones demasiado imprevistas. Pero a Haecker no se le puede juzgar como a un profesor de filosofía: es un pensador cristiano que se ha asimilado espontáneamente la metafísica del cristianismo y que nos ofrece los resultados de su reflexión.

Insiste, sobre todo, Haecker, en la primacía de la razón, y en la necesidad de reconocer un orden objetivo de verdades metafísicas. Para él, el irracionalismo como el racionalismo siguen siendo dos extremos fatales y la misma filosofía existencial de hoy debe rehuir explícitamente estas direcciones, para salvarse de la decadencia y de la esterilidad. Conviene reconocer la oportunidad de esta observación, frente al peligro de que tentativas tan originales en sí mismas como las de Heidegger o Berdiaeff se pierdan en un subjetivismo anárquico, y sin proyecciones. Haecker quiere salvar la parte de verdad del existencialismo, pero no ve otra forma sino poniéndolo en continuidad con los principios de la filosofía perenne, esto es, con Platón, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino.

Sin embargo, lo mejor de esta obra a nuestro juicio, la más original porque la más vivida por Haecker, es justamente la última que lleva el título de "Aforismos". Aquí el pensador poeta se mueve libremente, dueño de su propio pensamiento, sin sujetarse a plan ni obligarse con la lógica del discurso polémico. Descubrimos aquí intuiciones magníficas que hacen luz sobre grandes problemas históricos del hombre. Se sienten en estas líneas el misterio impenetrable que atraviesa esa historia, a saber, la separación entre el poder y la verdad.

La mentira que es una fuerza, y la verdad que es una impotencia, son el escándalo de este mundo, pues desde entonces el hombre aspira a un poder mentiroso. Haecker nos hace sentir que la fe únicamente y no la sola razón, son capaces de evitarnos el peligroso absurdo de hacer impotente el espíritu y fuerte el instinto. Y no se trata en esto de un simple error especulativo, sino también de una tentación: ¿ha habido acaso en la historia algo más tentador que poseer un poder que no necesite de verdad, ni de ley? Tal vez el primer hombre no buscó otra cosa en el Paraíso cuando quiso la ciencia del bien y del mal.

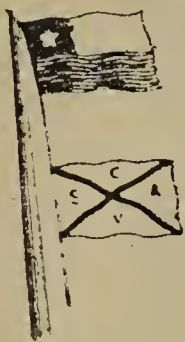
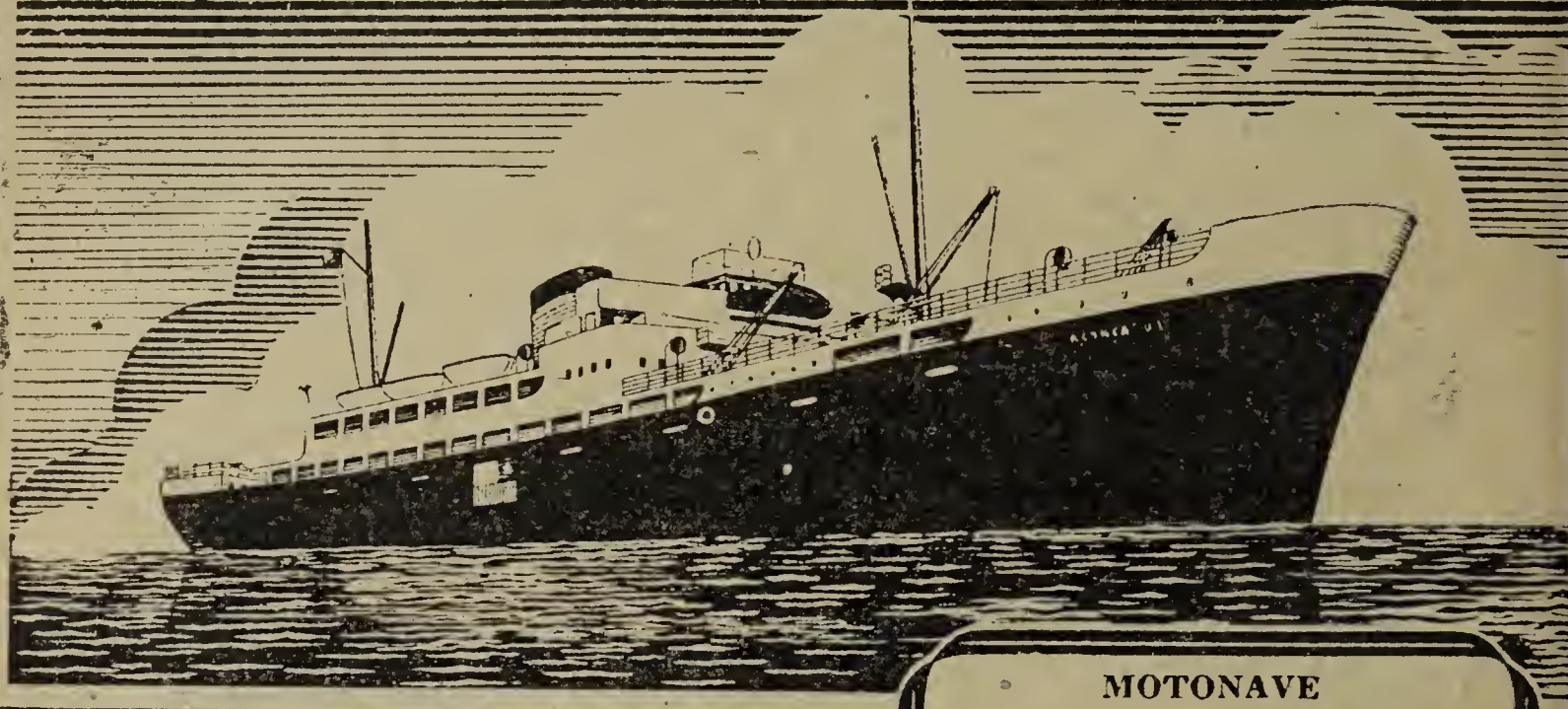
R. G.

“EL PENSAMIENTO VIVO DE CONCEPCION ARENAL”, por Clara Campoamor. — Editorial Losada. Buenos Aires, 1943.

En la Biblioteca del Pensamiento Vivo, que ha publicado, entre otras, las antologías de tan diversos personajes como San Pablo, Marx, Maquiavelo, Saavedra Fajardo, Bolívar y Voltaire, aparece ahora este volumen sobre la notable socióloga y criminalista española. Fué Doña Concepción Arenal una mujer extraordinaria, en todos los sentidos de la palabra. Por su trabajo incansable, por su actividad intelectual, por lo peculiar de su labor en una época en que todo la contrarrestaba. Dedicada con atención preferente al estudio de los sistemas penitenciarios, su obra adquiere, al cabo de los años, una mayor calidad, por lo menos en materias de organización carcelaria y trato de delinquentes. Tuvo muchos de los defectos inherentes y casi generales a su siglo, pero fué, por encima de todo, una “buena señora”, además de una gran inteligencia. Ahora, Clara Campoamor nos presenta una selección de sus escritos, con un prólogo en el que se habla, lamentosamente, de la condición de la mujer intelectual en España. Prescindiendo de lo de “intelectual”, feo adjetivo, sobre todo aplicado a una dama, a pesar de todo lo que quiera decirse a su favor, no debía olvidar la señorita Campoamor, que esto fué más bien decimonónico, y motivado por algunos excesos a lo Jorge Sand, poco propios de una mujer como la Arenal. También doña Concepción se decidió a ir con traje semimasculino a la universidad (levita y sombrero de copa alta) y esto, aunque menos radical que los pantalones de Aurora Dupin, era motivo de excusa a ciertas reacciones quizás exageradas en los estudiantes varones de aquellos días. No hay que olvidar, tampoco, que cuando en ninguna parte de Europa se pensaba en que una mujer fuera catedrática, en tiempos de los Reyes Católicos, dictaban cátedra en España, regularmente, Lucía de Medrano, en Salamanca, y Francisca de Lebrija, en Alcalá.

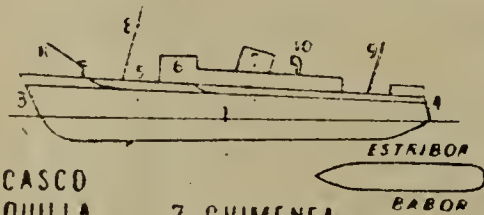
J. M. S.

NAVES DE CHILE



“ LAS NACIONES DEBEN
 “ SER DUEÑAS DE SUS
 “ TRASPORTES PARA CON-
 “ SERVIR LA INTEGRIDAD
 “ DE SU SOBERANIA”.

(Stuart Mill)



- | | |
|------------|-------------------|
| 1 CASCO | 7 CHIMENEA |
| 2 QUILLA | 8 PALO MAYOR |
| 3 PROA | 9 PALO DE MESANA |
| 4 POPA | 10 CACHIMBAS |
| 5 CUBIERTA | 11 GRUPO PESCANTE |
| 6 PUENTE | |

MOTONAVE

COPIAPO

Fecha de construcción: 1937
 Astilleros constructores: Nakskov Skibs. A. F. (Dinamarca)
 Tonelaje: 10,500 toneladas
 Eslora: 440,5 pies - Manga: 58,3 pies - Puntal: 29,7 pies.
 Sistema de propulsión: Motores a petróleo tipo Diesel.
 Velocidad: 17 nudos por hora.
 Capacidad de carga: 5,436 toneladas.
 Capacidad para pasajeros: 140 en ambas clases.
 Oficialidad y tripulación: 95 hombres, en su totalidad chilenos.
 Viajes a que está destinada: Valparaíso-Nueva Orleans e intermedios.
 Países que toca en cada viaje: Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Cuba y EE. UU.
 Número de viajes al año: 10 viajes redondos. (Valparaíso - Nueva Orleans - Valparaíso)
 Puerto de matrícula: Valparaíso.

ARMADORES

CIA. SUDAMERICANA de VAPORES

Chilean Line

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores CORREDORES DE PROPIEDADES en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile

CONFIANZA

Segundo Piso

Imprenta 'EL ESFUERZO'
Eyzaguirre 1116

Precio: \$ 5.00

